

Jazmín®

Elección acertada

Susan Fox

Había pasado de no salir con ningún hombre a estar solicitada por los dos más guapos…

Corrie Davis jamás había tenido una verdadera cita. Había estado demasiado ocupada dirigiendo su rancho ella sola y estaba convencida de que sabía más de dinero, o de no tenerlo, que de hombres. Pero ahora los dos hermanos Merrick, los más *sexys* y ricos de la zona, se peleaban por conseguir su atención. Tenía un delicioso dilema. ¿Con cuál de los dos atractivos hermanos debía quedarse? ¿Con su viejo amigo… o con el hombre que siempre había creído fuera de su alcance, Nick Merrick?



Susan Fox

Elección acertada

Jazmín - 1931

Matrimonio de conveniencia 2

ePub r1.0

LDS 19.11.16

Título original: *The bride prize*
Susan Fox, 2005
Traducción: Maricel Usano Crespo
Publicado originalmente: Mills and Boon Tender Romance (MTR) - 308
/ Harlequin Romance (HR) - 3828
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



Capítulo 1

Su pequeño rancho parecía un sello de correos pegado en la inmensidad de aquella tierra enorme y brutal. El trabajo era duro y los horarios muy largos. El polvo, el sudor y, a veces, la sangre no hacían del ambiente algo ni estético ni higiénico. Ni tampoco un lugar seguro. Los animales eran grandes y hasta los más tranquilos y los que estaban bien entrenados podían tener un mal día y ser peligrosos. Por muy precavido que se fuera, podían ocurrir accidentes y podían surgir problemas a causa de alguna potente tormenta del oeste o por la caída de una roca.

No era el lugar para una dama, pero Corrie Davis ya había renunciado a serlo. Sólo cuando tenía dieciocho años había hecho un intento de superar su vida de chicarrón y había probado a ponerse medias y maquillaje. Había devorado los libros sobre etiqueta de la biblioteca local, y hasta había pasado un fin de semana comprándose ropa y complementos femeninos y elegantes.

Aún los tenía en el armario con las etiquetas puestas y, en los cajones, tenía olvidada la lencería de encaje.

El hombre que le había inspirado ese ataque de feminidad le había chafado el impulso, sin darse cuenta, con unas palabras solemnes.

Corrie, eres brillante y tienes sentido común. Me imagino que ya te habrás dado cuenta de que no eres la chica adecuada para mi hermano pequeño. Nuestro padre tiene planes para Shane. Quiere que vaya a la universidad y que se haga cargo de su parte del negocio de los Merrick. Durante los próximos meses y años estará

probando a ver cuáles son sus límites e intentando encontrar su lugar en la vida.

Luego, Nick Merrick había clavado sus ojos oscuros en los de ella con condescendencia, haciendo que el corazón de Corrie se encogiera de vergüenza, temiéndose lo que iba a decir después.

No podrás encajar en ese esquema, Corrie. No quisiera ver cómo se te rompe el corazón intentándolo.

Por mucho que esas palabras le dolieran, Corrie sabía que Nick tenía razón, que ella no encajaría en los planes y que no era la mujer con quien Shane debería casarse. Pero era porque ella no deseaba encajar en la vida de Shane, ni tenía intención de casarse con él jamás.

Corrie daba gracias de que Nick no hubiera adivinado la verdad. Que él y no Shane era el hombre de quien había estado enamorada y a quien había querido atraer con esos preciosos vestidos y esos modales refinados. Al decirle con tanta sinceridad que no la consideraba apropiada para su hermano, confirmaba que tampoco la consideraba apropiada para él.

Y puesto que Corrie no era el tipo de chica a quien los hombres persiguen, las palabras de Nick parecían confirmar que nunca atraería a un hombre más que como amigo. De hecho, se había ganado la amistad de Shane porque él la consideraba uno más de los chicos.

Se había sorprendido de que Nick creyera que había algo más que amistad entre ella y Shane, pero la idea de que pensara que habían considerado el matrimonio era todo un *shock*.

Hacía años que Corrie no había recordado aquella incómoda conversación. Una vez superado el dolor había conseguido seguir adelante como si nada hubiera pasado. Y como su padre había fallecido antes de que ella cumpliera los veinte años, había tenido suficientes cosas que hacer para llenar sus días sin pensar en los hermanos Merrick.

Aunque el rancho de los Merrick era contiguo al suyo, no habían tenido ningún trato social y cuando surgía algún asunto de vecindad, rara vez lo había tratado con Nick. Aunque Shane había ido a la universidad, después de un semestre había dejado los estudios para dedicarse a su sueño: el rodeo. Ahí se había quedado la vida que su padre y su hermano le habían diseñado.

Durante seis años, Corrie no había tenido casi noticias de Shane y apenas pensaba en él. Pero el día en que recibió un mensaje de Nick en el contestador automático, se le despertaron los recuerdos.

Nick daba por sentado que ella mantenía contacto con Shane.

—Cuando veas a Shane, ¿podrías decirle que me llame? —había dicho Nick.

El inesperado mensaje la había sorprendido, pero no lo contestó porque le daba a entender que pronto vería a Shane y podría pasarle el recado. Como había transcurrido un día sin tener noticias de él, pensó que probablemente Nick ya habría hablado con él.

Después del cansado trabajo de la mañana, el trayecto desde los establos hasta la casa le pareció interminable. Estaba sucia y acalorada, con las manos manchadas de grasa y el cuerpo cubierto de polvo, prueba contundente de que se había caído del potro que estaba entrenando.

Iba pensando en que se daría una ducha, se cambiaría de ropa y, después de almorzar, se dedicaría a algunos papeleos pendientes. Eso la mantendría ocupada para no pensar en el pasado.

De pronto una voz y una risa masculina hicieron que mirara hacia el porche.

—¿Qué pinta tiene tu chico? Shane Merrick estaba sentado en la barandilla del porche, más atractivo que nunca. Llevaba un sombrero Stetson negro y una camisa azul que hacía juego con sus ojos, pantalones vaqueros y botas lustradas. Lo que más llamaba la atención era la enorme hebilla dorada de su cinturón que proclamaba su condición de campeón de rodeo.

Cuando Corrie se acercó al porche, él se bajó de la barandilla, listo para darle un gran abrazo, pero ella interpuso su mano y se apartó.

—Te vas a ensuciar —exclamó.

—Un poco de suciedad no me hará daño —dijo agarrándola por la cintura y abrazándola—. Maldita sea, Corrie, cuánto me gusta volver a verte.

Bonitas palabras y el abrazo demasiado personal. Corrie pensó que no debía darles demasiada importancia.

—Tú también tienes buen aspecto, forastero. Y hueles muy bien —dijo ella, apartándose y enderezando su sombrero—. ¿Cómo está el campeón de potros salvajes? ¿Vas a ir a por la tercera hebilla?

Shane sonrió y le apartó con la mano un mechón de cabello negro de la mejilla.

—Me ha costado mucho tiempo llegar tan lejos. Quizás debería dejarlo mientras lleve la delantera.

Corrie se apartó aún más y se encaminó hacia la puerta.

—¿Te apetece algo fresco para beber?

—Buena idea.

Ella entró en la casa y colgó su sombrero en un perchero.

—Sírvete lo que te apetezca. Necesito quitarme por lo menos una capa de polvo —dijo remangándose para lavarse las manos.

—Dime qué veneno prefieres —dijo Shane delante del frigorífico.

—Agua helada —contestó Corrie y siguió frotándose con un cepillo la grasa de las manos.

—Él se acercó a darle el vaso de agua helada y ella le sonrió.

—Gracias. Déjalo en la mesa hasta que esté un poco más limpia.

—A mí me parece que ya tienes bastante buen aspecto.

Corrie le sonrió, pero detectó algo nuevo en aquellos ojos azules, algo que la inquietó. Apartó la vista y prosiguió frotándose con el cepillo. Luego se lavó la cara y cerró el grifo.

Con los ojos cerrados buscó la toalla, pero Shane se la tenía preparada.

—Tu hermano me dejó un mensaje ayer. Quería que lo llamaras —dejó la toalla y agarró el vaso—. Pero supongo que ya habrás ido a casa.

—Ya estuve en casa y escuché el tono.

Corrie bebió toda el agua y alargó la mano para que Shane le pusiera más.

—¿El tono? —preguntó.

Shane guardó la jarra en el frigorífico.

—Está dispuesto a dejarme mandar y reinar junto a él aunque no tenga un título de negocios ni de agricultura.

Corrie estudió su rostro y se percató de que ya no sonreía.

—Es una buena oferta, ¿no te parece?

Shane intentó sonreír.

—Me parece que no estoy hecho para aceptar ese reparto de cincuenta y cinco a cuarenta y cinco. No sólo porque él tendría más poder de decisión, sino porque yo no he contribuido el cuarenta y

cinco por ciento, así que no creo que me merezca tenerlo. Será menos problemático que compre mi propio rancho y sea mi propio dueño.

Corrie no se sorprendió por su actitud. Shane era muy independiente. La prueba de ello eran sus frecuentes enfrentamientos con su padre y su hermano mayor. Cuando murió el viejo Jake, los choques con Nick fueron en aumento.

Corrie no estaba de acuerdo en que Shane no mereciera su parte de la herencia. Sólo por haber nacido Merrick tenía derecho a ella.

—Vamos a sentarnos —dijo guiándolo hacia la sala.

Shane soltó una risita.

—Me parece oportuno mencionar que tienes una gran mancha de grasa en la nalga izquierda de tus pantalones de montar.

Corrie se volvió a mirar si era cierto y sus miradas se encontraron. —¿De verdad?

Shane no contestó pero le pasó el periódico que había agarrado en la cocina. —Puedes sentarte sobre esto. Corrie se dejó caer sobre el sillón que Shane había cubierto con el periódico y consiguió que el agua de su vaso no se derramara. Shane se sentó frente a ella—. Lo normal sería que se te hubiera derramado el agua. Tú siempre has tenido una elegancia natural.

Corrie volvió a intuir algo especial en su mirada y procuró ignorarlo.

—No más elegancia que la de la cerca esa que está medio caída. Él dejó de sonreír.

—Aún no has aprendido a aceptar los cumplidos. Probablemente aún no te has dado cuenta de que la mayoría de los hombres de este lugar te hacen ojitos y piensan cosas picaronas.

Sorprendida de oírle decir eso se avergonzó. Los hombres apenas si la veían y el que él lo insinuara le hacía daño.

Sonrió como si no importara y echó la mano hacia atrás para agarrar su trenza y desatarla.

—Quizás debería mandarte al establo a por una pala antes de que sigas llenando esto de embustes —dijo mientras se deshacía la trenza. Al ver la expresión de Shane volvió a sentir esa sensación especial, pero hizo por suprimirla—. No quiero molestarte, pero ¿te importaría sentarte en otro sitio para que pueda quitarme las botas? La costura del calcetín me lleva molestando todo el día.

Shane volvió a sorprenderla. En lugar de hacerle caso, sonrió y se agachó para quitarle la bota derecha. Era un gesto completamente nuevo entre ellos y Corrie se quedó mirándolo anonadada.

—Me parece que interrumpí tu estampida hacia la ducha, ¿verdad? —dijo él con media sonrisa, sujetándole el pie sobre su muslo—. Nunca te preocupó ensuciarte, pero en cuanto llegabas a casa te entraba una prisa infantil por asearte.

En un santiamén, ya estaba tirando de la otra bota y tenía los dos pies de Corrie sobre su muslo. A ella ese gesto le pareció demasiado íntimo.

—¿Hay algún motivo para que te muestres tan amigo de mis pies? —preguntó retirándolos.

—Ninguna razón especial. Sólo quería ver cuánto tiempo ibas a dejarme. ¿Alguna vez te han dado un masaje en los pies?

—No. Y tampoco quiero uno. —Corrie se sintió incómoda por haberse tomado el gesto demasiado en serio, pero intuía que algo había cambiado.

Shane siempre la había tratado como a uno de los chicos, aunque con más delicadeza, pero nunca había dado la menor muestra de reconocer que ella era una mujer.

Bueno, sí. Hubo una vez en que él se inclinó para decirle cualquier tontería y sus labios se rozaron. Pero ambos se apartaron de un salto como si se hubieran quemado. Estuvieron riendo a costa de ello mucho tiempo.

Shane la estaba mirando fijamente y su mirada hizo que Corrie se acalorara.

—Todavía eres inocente, ¿verdad, Corrie? —Bajó el tono de voz —. No sabes lo raro y especial que eso es fuera de aquí, en el ancho mundo.

Corrie lo miró molesta, sin saber qué decir y él le sonrió, poniéndose en pie.

—Anda ve a darte tu ducha, cariño. Tengo que irme, pero te llamaré más tarde, ¿de acuerdo?

La había llamado «cariño». Corrie no podía apartar su mirada de la de él.

—De acuerdo —contestó casi sin voz y se quedó mirando cómo se marchaba.

Estaba confundida, y por primera vez en su vida se daba cuenta de su inexperiencia. Podía hablar de negocios o de política con cualquier hombre, pero no sabía nada de la relación entre hombres y mujeres. Sabía la teoría de los noviazgos y la mecánica del sexo, pero no tenía ni idea de cómo esas cosas sucedían en la vida real. Sobre todo en su propia vida. A los chicos con los que había crecido nunca les importaba trabajar con ella en el rancho o en las redadas del ganado. Les gustaba porque era valiente y trabajaba duro. También les gustaba trabajar en equipo con ella en el colegio. Sacaba buenas notas y no era enamoradiza.

Pero en los bailes del colegio, o en las citas, era una perdedora ante las chicas de ciudad que batían sus pestañas y coqueteaban, llevaban maquillaje, medias, y minifaldas. Chicas que parecía que habían nacido sabiendo utilizar sus poderes femeninos. No como ella que sabía echar el lazo, montar a caballo, cazar, pescar y echar un pulso.

Era a esas chicas a las que había intentado copiar cuando se enamoró de Nick Merrick. Pero no había dado resultado.

Últimamente se sentía cansada de la monotonía de su vida y de su soledad. Había ido varias veces a la ciudad y había visto a antiguas compañeras de colegio con sus maridos y sus hijos. Con veinticuatro años no era una solterona, pero se sentía como si lo fuera.

Shane había vuelto y estaba ¿flirteando con ella? No estaba segura, pero la sensación le gustaba.

¿Estaba Shane flirteando con ella?

La monotonía de su vida parecía haberse roto. No estaba segura de por qué, pero le parecía que, por fin, un romance aparecía en su vida.

Enamorarse de un hombre que quizás se enamorara de ella. Tal vez eso no era imposible. Y si no lo era, tal vez tampoco lo fueran el matrimonio y los hijos.

Mientras se duchaba, comía y trataba de concentrarse en el papeleo, Corrie se debatía entre la fantasía y el sentido común. Al final, como siempre, venció este último.

Capítulo 2

Era difícil para Nick Merrick imaginarse a Corrie Davis como una mujer fatal. Aún no comprendía lo que su hermano pequeño había visto en ella años atrás. Sobre todo si se la comparaba con las chicas bonitas y más sofisticadas que le gustaban a Shane en el instituto. Y que todavía le gustaban a juzgar por el enjambre de monadas que lo perseguían en los circuitos de rodeo. Tres de esas mujeres lo habían llamado al rancho y le habían dejado mensajes mientras Shane había ido al Rancho Davis.

Nick suponía que era allí adonde había ido. Tenía sentido que hubiera ido a visitar a Corrie puesto que el día antes, nada más llegar, había mencionado a Corrie y no a otras antiguas amigas que se habían casado o ya no vivían por allí.

Corrie Davis había sido quien lo había animado años atrás. Nick no sabía cuál había sido su influencia durante los años de rodeo, pero valía la pena considerarla por su potencial para meter en vereda a su hermano.

Corrie había crecido en un rancho pequeño, se había hecho cargo de él tras la muerte de su padre y había logrado mantenerlo en funcionamiento. Aun así, ella no tenía ni idea de lo complejo que era el Rancho Merrick, y mucho menos, los demás intereses de los Merrick.

Shane era lo bastante rebelde como para seguir con la idea de montarse por su cuenta, y por eso estaba rechazando volver al Rancho Merrick para quedarse. El ejemplo del éxito de Corrie como ranchera alimentaba su deseo de independencia, y le resultaba más

atractivo que heredar casi la mitad de un pequeño imperio compartido.

De verdad, Nick pensaba que en el lugar de Shane, también él habría jugueteado con la idea de ser independiente y no el segundón de un hermano mayor.

Pero se sentía obligado por la memoria de su padre y por la historia y tradición de los Merrick a esforzarse para que su hermano regresara al rebaño. Ya era hora de que Shane asumiera su parte de los deberes familiares.

El padre consideraba la afición de Shane por el mundo del rodeo como un fallo de carácter. Nick no estaba de acuerdo, pero no quería que su hermano decepcionara a su padre. Pensaba que, aunque el padre ya no viviera, todavía estaba a tiempo de cumplir sus expectativas e interpretaba la negativa de Shane a asumir su parte como un fracaso propio en inculcarle los valores correctos.

Ésa era la última oportunidad de persuadir a Shane para que se quedara. Y si para ello debía ahuyentar a Corrie de nuevo, lo haría. Había conseguido ahuyentarla antes, y aun así, Shane había seguido en sus trece. Pero, por lo menos, había evitado que se casaran.

Tal vez porque Corrie era lo bastante inteligente como para saber que no le gustaría ir detrás de Shane por todo el país, viviendo en moteles y preocupándose por no estar junto a su padre cuando la salud le flaqueaba.

Pero Shane había terminado con los rodeos y Corrie Davis volvía a representar un problema.

Nick no sabía si Corrie aún sentía algo por Shane, pero lo que no lograba entender era por qué su hermano se sentía tan atraído por una mujer como ella. Quizás debía de hablar con ella y persuadirla de que no reanudara su relación con Shane.

Oyó que su hermano había regresado a casa y aprovechó para salir por la puerta de atrás hacia su camioneta.

Tardó veinte minutos en llegar al Rancho Davis, tiempo suficiente para pensar lo que iba a decir, pero también para darse cuenta de que parecía un dictador. Aunque Corrie no tenía mal genio, sí era una persona con mucho orgullo.

Llevaba cuatro años a cargo de su rancho y no iba a recibir bien a un vecino que apenas había visto durante ese tiempo y que aparecía de pronto para meter la nariz en su vida privada.

Seis años antes, ella había tolerado sus impertinencias, pero nada auguraba que volviera a hacerlo. Y él no era un hombre con tacto, demasiado eficiente como para andarse con sutilezas. Tal vez, al verlo, Corrie recordaría su oposición a que Shane se casara con ella, y eso le facilitaría ir al grano.

Al llegar cerca del Rancho Davis, Nick advirtió a una mujer inclinada sobre un banco de flores. Sin duda era Corrie, pero en lugar de la trenza que solía llevar, sus cabellos caían sobre sus hombros como una capa oscura y brillante. Estaba regando con un cubo y cuando terminó se volvió para mirar hacia la camioneta sin dar signos de que se sorprendiera al ver a Nick.

Mientras se encaminaba hacia él, Nick no pudo evitar fijarse en su precioso cabello. Y, luego, en el resto de ella.

No veía a Corrie a menudo, y casi siempre, de lejos. Verla en ese momento, con una vieja camiseta blanca que había encogido lo suficiente para que se ciñera a su cuerpo, y unos vaqueros cortados que realzaban sus piernas delgadas y firmes, fue toda una sorpresa. Además, iba descalza. Estaba tan diferente de cuando se vestía para el trabajo del rancho…

«Shane acaba de estar aquí», pensó. ¿Sería por eso que llevaba el pelo suelto y estaba vestida de una manera tan provocadora? Provocadora en comparación con su aspecto acostumbrado, natural y sano. Aun así, seguía pareciendo una chica sana.

Al ver a Nick, Corrie se armó de valor. Deseaba haber estado vestida con algo más apropiado. Era tarde, se acababa de duchar y no esperaba que nadie fuera a visitarla.

Mientras Nick se acercaba y la miraba con descaro, ella aparentó indiferencia. Era algo que había aprendido hacía tiempo. Pero el pensar que un hombre, Nick, estaba mirando sus piernas se lo ponía difícil. Intentó distraerse comparando a los dos hermanos.

Aunque sus rasgos eran similares, Shane era el más atractivo de los dos. Los ocho años de separación habían acentuado las diferencias. Shane resultaba de un atractivo más juvenil, y Nick, curtido por el sol y la experiencia, parecía más duro e imponente. Y mil veces más cautivador.

El pelo negro y las cejas espesas resaltaban la mirada penetrante de sus ojos negros. Por el contrario, los ojos de Shane eran de un azul eléctrico. Ambos medían más de metro ochenta, pero Nick era

más musculoso. Además, seguro de sí mismo, no tenía los andares altaneros de vaquero que Shane mostraba a menudo, como si tuviera que demostrar algo.

Tal vez porque Nick había demostrado hacía tiempo lo que tuviera que demostrar. Cuando su padre se vio confinado a una silla de ruedas, había dejado la universidad y se había hecho cargo del Rancho Merrick y tomado las riendas de todos los negocios y propiedades.

El resultado era ese hombre duro y formidable, que emanaba autoridad como si hubiera nacido con ella. Nunca había tenido oportunidad de ser menos de lo que era.

Era una persona que lo daba todo y lo esperaba todo a cambio. La mujer que escogiera para casarse, también sería la mejor. Sería bella, sofisticada y rica, con un pedigrí tan lucido como el de él.

Eso dejaba a Corrie sin posibilidades. Ni a los dieciocho años, ni a los veinticuatro. Una mujer como ella tenía tantas posibilidades de atraer a Nick como de echar a volar.

Ésa era la realidad, pero no evitaba que ella se estremeciera cada vez que él estaba cerca. Y cuando lo vio acercarse y saludarla con un toque a su sombrero, ella sintió una ola de calor por todo el cuerpo.

Recelosa, Corrie clavó sobre su rostro sus ojos azules con pestañas negras y espesas. Luego bajó la mirada hacia sus hombros y su torso, pero enseguida desvió la mirada. No había ni un atisbo de coqueteo. Corrie nunca había sido una chica de las que coqueteaban.

Al verla tan de cerca, Nick se preguntó por qué nunca le había parecido atractiva. Siempre había tenido unos bonitos ojos azules, pero sus facciones se habían vuelto finas, ligeramente bronceadas y su boca parecía suave, vulnerable y enigmática.

Lo que años atrás Shane había visto en ella había florecido, y Nick se percató de que le sería difícil interponerse entre Shane y esa preciosa joven.

Se sorprendió al oír el tono grave y admirativo con que la saludó:

—Señorita Davis…

Ella tardó unos instantes en contestar. El tiempo suficiente para disimular sus recelos.

—Si está buscando a Shane, hace ya bastante tiempo que se marchó. Tal vez unas tres horas.

—Entonces ya lo veré más tarde —dijo, pensando que debía felicitarla por las flores, aunque sólo veía sus piernas—. Tiene unas preciosas… flores, señorita Davis —consiguió decir, pero la pequeña pausa transmitió lo que pensaba y ella se sonrojó. Él miró hacia el cubo—. ¿Puedo echarle una mano?

—Gracias, pero ya he terminado.

Hubo una pausa incómoda y Nick pensó que era mejor así, para que ella se hiciera a la idea de que no se trataba de una visita social.

Pero durante esos segundos, mientras la miraba, algo cambió en su actitud y pensó que a su hermano podría irle peor que con Corrie Davis. Mucho peor. ¿Qué había de malo en esa mujer? Al fin y al cabo era decente, trabajadora y honrada.

Tuvo que hacer un esfuerzo por recordar a lo que había ido.

Corrie Davis podía ser decente, trabajadora y honrada, pero tenía posibilidades de desviar a su hermano del buen camino una vez más. Más aún después de ver exactamente lo que ella podía ofrecer.

Si Shane se casaba con ella se animaría a hacerse independiente, combinando su pequeño rancho con otro cercano que estaba en venta. Además, Nick sabía que pronto otro rancho estaría en el mercado y como Shane había ahorrado suficiente dinero, también lo querría comprar.

Eso es lo que él habría hecho si tuviera la edad de Shane y no estuviera ya atado al Rancho Merrick. Si su hermano emprendía esa aventura empezando desde cero, demostraría ser un digno heredero de los Merrick. Por supuesto que sería un reto y una preocupación para toda la vida y pondría a prueba todos sus conocimientos sobre ganadería. Una mujer como Corrie Davis podría compartir el trabajo y las preocupaciones. Y, a juzgar por su aspecto, podría ser una buena parte de la recompensa.

Se le ocurrió que quizás Corrie podría ser su aliada.

Primero tendría que averiguar exactamente lo que había entre ella y su hermano. El modo más rápido sería reunirlos a los dos y ver qué pasaba.

Sonrió.

—Estaba pensando que sería una grata sorpresa para Shane si te invitara a cenar a casa esta noche. Ya sé que es algo precipitado, y si lo prefieres, podemos dejarlo para mañana. Después del día tan duro que he tenido hoy, no tengo muchas ganas de cambiarme, así que espero que no te importe si esta noche la cena es informal. Podemos guardar una invitación más formal para otro día.

Era sorprendente con cuanta facilidad le había salido la mentira. Lo cierto era que había pasado el día en casa haciendo papeleos, pero se trataba de hacer que Corrie no se sintiera incómoda por ir al rancho. Era una chica de campo y aunque Shane la había invitado muchas veces a cenar en el rancho, ella había rehusado, sabiendo que tenían costumbre de ponerse elegantes para las cenas. Nick pensó que posiblemente ni siquiera tendría un vestido.

Corrie se sonrojó ligeramente y contestó con un suave tono de voz:

—Muchas gracias por la invitación, señor Merrick. ¿Está… seguro?

Nick sabía que le estaba preguntando si aún eran enemigos y sonrió para tranquilizarla.

—Los tiempos cambian. La gente cambia. Tú eres amiga de Shane. Somos vecinos de toda la vida. Tal vez ya es hora de que nos comportemos un poco más como buenos vecinos… Corrie, te agradecería que me llamaras Nick.

Nick vio que ella dudaba. Quizás se había pasado fingiendo cordialidad. Pero ella respondió rápidamente.

—Te agradezco la invitación. ¿A qué hora debo ir?

—Cuando tenemos invitados solemos cenar a las siete.

—Muy bien. A las siete.

Él saludó tocando el ala de su sombrero.

—Hasta las siete.

Capítulo 3

En cuanto Nick se dio la vuelta para ir hacia su camioneta, Corrie se dirigió hacia el porche trasero, dejó el cubo junto a la puerta y entró en la casa. Corrió hacia la ventana para curiosear.

«Los tiempos cambian… La gente cambia…».

Las palabras retumbaban en su cabeza mientras veía a Nick abrir la portezuela y entrar en la camioneta. No podía creer lo que había pasado. Ni que Nick Merrick la hubiera invitado a cenar.

¡Tampoco podía creer que ella hubiera aceptado! ¿Por qué lo había hecho?

«Por Shane», se dijo sin querer profundizar más. El corazón le latía con fuerza.

Primero, había ido a verla Shane, y luego Nick, y ninguno de los dos había actuado como ella se esperaba. ¿Sería todo fruto de su imaginación?

«Estaba pensando que sería una grata sorpresa para Shane si te invitara a cenar a casa esta noche…».

¿Acaso Shane le había dicho algo a Nick para que le mostrara tanta aceptación? No sólo aceptación hacia ella, sino hacia los sentimientos de Shane por ella. Nunca había esperado de Shane nada más que amistad. Hasta ese día. «Lo que Shane ha hecho y dicho hoy parece algo más que amistad. ¿Cuánto más?», pensó. ¿Quería de él algo más que amistad? La visita de Shane la había puesto nerviosa, pero la de Nick la había dejado anonadada. Hizo todas sus tareas a toda prisa y subió a rescatar de su armario las cosas que había comprado seis años atrás.

La mayoría eran demasiado serias para una cena informal. De todos modos se lo probó todo descartando la mayor parte. No se sentía con ánimo de pasar de vaquera a señorita así como así. Siguió buscando entre su otra ropa. Casi toda era ropa de trabajo. Estaba desesperada, pero finalmente encontró unos vaqueros blancos y una blusa rosa que podían pasar como informales, pero que eran lo suficientemente femeninos.

Al menos así no tendría un aspecto radicalmente distinto al suyo normal, aunque le pareció que los vaqueros estaban demasiado ajustados. Pero no tenía opción. Como la blusa, entallada y de manga larga, le parecía muy seria, se remangó un poco. Se puso un cinturón con hebilla dorada, y como adornos, lo único que tenía: una cadena y unos pendientes de bisutería chapados en oro que le daban un toque de alegría a su rostro.

Se miró al espejo y se acordó de que había tirado todo el maquillaje que tenía y no le daba tiempo de ir a la ciudad a comprar, así que se mordió los labios y se pellizcó las mejillas para darles un poco de color. Se dejó el pelo suelto, con tan sólo una horquilla para apartarlo de la cara.

Para finalizar, se puso unas sandalias que hacían juego con un bolso marrón que nunca había estrenado.

En toda la operación había tardado casi dos horas, cuando normalmente estaba lista en unos minutos. Claro que había hecho mucho más de lo que normalmente hacía. Mucho más. Tenía el aspecto de una chica que sale a conquistar a un hombre.

Se quedó horrorizada. Por nada del mundo quería que creyeran que estaba desesperada por conseguir pareja.

Dejó el bolso sobre la cómoda y se quitó los pendientes, pero luego recapacitó indignada. Trabajaba duro. Nunca había intentado cazar a ningún chico. Nunca había hecho nada que llamara la atención. Y el único beso que había recibido había sido accidental.

Era una mujer de veinticuatro años y no era culpa suya. ¿Por qué no iba a poder ponerse una blusa rosa, llevar pendientes y un bolso? Y si hubiera tenido maquillaje, también se lo habría puesto. ¿Quién iba a cuestionar su derecho a hacerlo?

¿Qué importaba si quería aprovechar el pretexto de la cena para vestirse y actuar de manera más femenina? No pasaba nada por haber esperado a que un hombre coqueteara un poco con ella para

revelar su naturaleza y sus emociones.

La mayoría de las mujeres lo había estado haciendo desde el colegio. ¿Y por qué ella no podía querer atraer a un hombre, casarse y formar una familia? La única familia que había tenido era un padre mayor y poco afectuoso, que sólo hablaba con ella sobre ganadería, los mercados y el tiempo.

La gran esperanza de Corrie era llegar a tener una familia, pero casi siempre se la había sacado de la cabeza. No valía la pena suspirar por algo que no tenía muchas probabilidades de suceder.

Con toda seguridad, ninguno de los dos hermanos se daría cuenta de la diferencia en su aspecto y, mucho menos, pensaría que era un plan para cazar a uno de ellos.

Y si al verla, lo pensaban, ¿qué había de malo en ello? No había ni una sola soltera en esa zona de Texas que no hubiera intentado en algún momento atraer a uno de los hermanos Merrick. Y muchas de ellas pasaban de la treintena.

Después de esas reflexiones, Corrie se sentía mejor. Volvió a ponerse los pendientes, se arregló un poco el cabello y agarró el bolso.

A medida que se acercaba al Rancho Merrick, se iba poniendo más nerviosa y entusiasmada. De pronto, le surgió la pregunta más inesperada.

¿A cuál de los dos hermanos le hacía más ilusión ver?

Estaba ya en el camino de los Merrick y disminuyó la velocidad de la camioneta mientras sopesaba la respuesta.

¿A Shane, con quien estaba más cómoda, había flirteado con ella y le había hecho entrever la posibilidad de que él o cualquier otro hombre se enamorara de ella algún día?

¿O a Nick, el hermano inalcanzable que había aparecido en su casa para invitarla a cenar?

No hacía más que darle vueltas a la situación.

¿Estaba más entusiasmada por ver al que le había quitado las botas y le había hablado más como a una mujer que como a una compañera? ¿El viejo amigo cuyos ojos azul eléctrico habían mostrado una chispa del deseo que, según él, otros hombres sentían al verla?

¿O su entusiasmo era por ver al hermano que no se daba cuenta, y a quien seguro que no le importaba, que desde los dieciocho años,

ella se estremeciera y se quedara sin aliento cada vez que lo veía?

La novedad de la cuestión hizo que se sobresaltara. Le parecía patético darle tanta importancia.

¿Sería que estaba desesperada por encontrar a un hombre, cualquier hombre? ¿Y si Shane no había coqueteado con ella y sólo le había estado tomando el pelo?

Sólo de pensarlo se ponía enferma. Desde siempre había estado encaprichada de Nick y sólo había necesitado que la invitara a cenar para creerse que el mundo, y él en particular, iban a fijarse en su blusa rosada y sus pendientes. Se sintió avergonzada por ser tan estúpida y estuvo a punto de regresar a casa.

Pero ya estaba cerca de la puerta y Nick estaba en el porche como si la estuviera esperando. Y la había visto. Ya no tenía escapatoria.

Bajó de la camioneta e hizo un esfuerzo por ocultar su inseguridad y aparentar que siempre se vestía así, y que estaba acostumbrada a que los hombres guapos la invitaran a cenar.

Si sobrevivía a la experiencia, pensó, quemaría toda la ropa femenina que tuviera para nunca más tener la tentación de hacer el ridículo. Sería mejor vivir sola el resto de su vida que repetir el error y sentir la vergüenza que estaba sintiendo.

Se armó de valor para esbozar una sonrisa y mirar a Nick a los ojos, pero no pudo hacerlo porque la mirada de Nick estaba recorriendo su cuerpo de arriba abajo.

Sintió que se acaloraba de la cabeza a los pies y se preparó a recibir una expresión de desprecio o de diversión. Cuál no sería su sorpresa al notar que los ojos negros de Nick clavaban su mirada en la suya con tanta intensidad que se sintió desfallecer.

En lugar de desdén o burla, lo que Corrie detectó en aquella mirada era algo parecido a lo que había visto en los ojos de Shane, sólo que la mirada de Nick la dejaba sin aliento y la hacía sentir calor en cada parte de su cuerpo en que se había posado.

—Buenas noches, Corrie. Me alegro de que estés aquí —dijo Nick en un tono de voz grave y cálido que la hizo estremecer.

—Gracias por invitarme —contestó ella un poco envarada.

Nick hizo un gesto para que ella entrara en la gran casa delante de él, y ella disimuló su timidez mirando a su alrededor.

La casa, de estilo Victoriano y de dos pisos, tenía unas

habitaciones muy grandes. El suelo del vestíbulo era de roble oscuro y brillante y tenía la marca de ganadería de los Merrick grabada en el centro. Una ancha escalera curvada y enmoquetada conducía al piso de arriba y sobre su pared colgaban enormes retratos de antepasados de los Merrick.

En la pared al pie de la escalera brillaba un gran espejo. Al verse reflejada, Corrie se percató de que tenía una expresión de asombro que delataba que era una chica de campo.

Nick la guió a través de un salón y una biblioteca, con lujosas alfombras y muebles elegantes. Corrie se sentía intimidada y fuera de lugar, y se arrepentía de haber aceptado la invitación tan a la ligera.

Atravesaron un enorme salón que terminaba en unos amplios ventanales tras de los cuales se veía un gran jardín con piscina. Corrie conocía la existencia de la piscina porque Shane la había invitado varias veces a nadar. Ella nunca había aceptado porque, entre otras razones, el padre de Shane la intimidaba. Le parecía que era un hombre con mal genio y quisquilloso. Había pasado los últimos años de su vida en una silla de ruedas y eso le había agriado el carácter. Shane había tenido muchos desencuentros con él y Corrie no quería atraer su cólera. Le había parecido que era mejor guardar las distancias.

Su propio padre no había tenido mucho trato con Jake Merrick, pero había tolerado a Shane a quien llamaba el chico de Merrick. Corrie recordaba que siempre le decía que no dejara que ese chico rico la dejara en ridículo.

Corrie se sentía a punto de quedar en ridículo, y no iba a ser por culpa de Shane sino por la suya propia.

Nick le señaló el sofá de cuero que estaba junto a los ventanales.

—Anda, siéntate. Pensé que tal vez te gustaría ver un vídeo de uno de los rodeos que ganó Shane. A menos que ya lo hayas visto, claro.

Corrie se sentó al final del sofá. En ese momento entró el ama de llaves y se detuvo frente a Nick.

—Será cuestión de hacer las presentaciones —dijo—. Señorita Louise, ésta es la señorita Corrie. Señorita Corrie, ésta es la señorita Louise, la mejor cocinera de Texas.

Ambas se saludaron y sonrieron. Nick preguntó:

—¿Qué quieres beber? Tenemos casi de todo. Louise te lo puede traer, pero si quieres un combinado, yo te lo prepararé. Ah, y también tenemos vino, ¿verdad, Louise?

Corrie estuvo a punto de decir que no quería nada. Si Nick sólo estaba siendo cortés y no pensaba tomar nada, ella tampoco tomaría nada. Le pareció más educado tomar lo que él tomara. —¿Qué vas a tomar tú?— preguntó. —Iba a prepararme un combinado. ¿Quieres uno tú también?

Corrie nunca había bebido alcohol y no quería nada, pero le pareció mejor decir que sí.

—Tomaré lo que tú tomes —contestó y le pareció ver una expresión burlona en el rostro de él. ¿Acaso se daba cuenta de que ella nunca había bebido?

Louise salió y Nick se dirigió a abrir el mueble bar. Corrie volvió a sentirse fuera de lugar al ver tantas botellas como en una tienda de licores. Su padre sólo tenía una botella de *whisky*, sin abrir, en un armario de la cocina.

Corrie observó a Nick tomar un par de vasos, abrir la cubitera y, con unas pinzas de plata, extraer unos cubitos de hielo que puso en los vasos.

Luego vertió un poco de vodka y sacó de un pequeño frigorífico una jarra con zumo de naranja, que también echó en los vasos.

Corrie pensó que era algo bastante laborioso y se sorprendió de que lo hiciera él mismo y no se lo encargara a Louise.

A Corrie le gustaba el zumo de naranja y pensó que no correría ningún riesgo si tomaba su bebida a pequeños sorbos espaciados.

Se preguntaba dónde estaría Shane, pensando que se sentiría más cómoda si él estuviera allí. Pero no quería mostrarse demasiado interesada y no preguntó por él.

—Gracias —dijo ella cuando Nick le entregó su bebida.

—Estamos haciendo tiempo hasta que venga Shane —dijo él mirándola, mientras se acomodaba en el sillón. Llevaba la misma ropa de por la tarde y las mangas de la camisa dobladas como las de ella. La camisa era blanca y hacía que resaltaran el bronceado de su piel, su pelo negro y sus ojos oscuros, dándole un aspecto muy viril. Corrie estaba tan encandilada que tardó unos instantes en darse cuenta de que le seguía hablando.

—Todavía nos queda tiempo para ver el vídeo, a menos que

prefieras esperar a verlo con Shane para que te pueda explicar los detalles.

Antes de que Corrie pudiera reaccionar, sonó el teléfono, pero Nick no hizo ademán de contestar y el teléfono dejó de sonar a mitad del segundo tono. Como si hubiera adivinado lo que Corrie pensaba, añadió:

—Shane le dijo a Louise que iba a Coulter City, pero que esperaba estar de vuelta hacia las seis. Debe de haberse retrasado, a menos que sea él quien llama.

«¡Por favor, que sea él diciendo que ya está al llegar!», pensó Corrie. En ese momento entró el ama de llaves.

—Jefe —hizo una pausa hasta que Nick la miró—. Era Shane. Le dije que usted estaba esperándolo para cenar, pero dijo que se le habían complicado las cosas y que posiblemente no llegaría hasta tarde. Colgó antes de que pudiera mencionarle que tenían una invitada.

—¿Dijo dónde estaba?

—No, señor.

Nick le dio las gracias y Louise se fue.

A Corrie se le cayó el alma a los pies. Estaba horrorizada. ¿Shane no iba a estar? ¿De qué iban a hablar ella y Nick Merrick? Si se hubiera imaginado la posibilidad de que Shane no estuviera, no habría ido. Y ya no tenía escapatoria, ni de quedarse, ni de todos los desastres que, en potencia, la acechaban.

Capítulo 4

Nick le sonrió con una expresión distendida y tranquila, como si no le preocupara en lo más mínimo que sólo estuvieran ellos dos durante la cena.

—Supongo que ése es el problema de las sorpresas —dijo, recordándole a Corrie que la había invitado como una sorpresa para Shane—. A veces salen al revés. Pero esta vez no tengo ninguna queja. ¿Pasamos al comedor y nos sentamos? Corrie asintió intentando sonreír. «Pero esta vez no tengo ninguna queja», pensó. Eso era una especie de cumplido, pero sólo lo había dicho para hacerla sentir más cómoda. Era muy amable por su parte, pero no había forma de que se sintiera cómoda. Tanto así que se preguntaba si sería capaz de tragar la comida.

Corrie se puso en pie a la vez que él. Pensaba dar la vuelta a la mesita de café para dirigirse hacia la puerta del comedor, pero él la estaba mirando intensamente otra vez, así que se detuvo sintiéndose muy violenta.

—Es una especie de tradición familiar darle el brazo a las damas para acompañarlas a la mesa, así que, señorita Davis… —dijo él tendiéndole la mano.

Corrie se estremeció y se puso en guardia. Que le diera la mano la intranquilizaba, pero pensó que era muy amable al seguir la tradición, aunque sólo se tratara de Corrie Davis.

Vaciló mucho antes de posar sus dedos sobre la mano de él. Era tan ignorante que temía no hacerlo de la forma correcta. Peor aun, recordó que tenía las manos ásperas y llenas de callos como las de

un hombre, y no suaves y delicadas como las manos femeninas a las que él estaba acostumbrado y que, seguramente, prefería.

Al ver que ella vacilaba, él asió su mano. El contacto era cálido y suave, y Corrie sintió como una corriente eléctrica le atravesaba todo el cuerpo y hacía que le temblaran las rodillas.

Eso no era nada comparado con el palpitar de su corazón cuando Nick se acercó a ella y le colocó la mano en el ángulo de su brazo. No se atrevía a mirarlo a los ojos, pero podía sentir la fuerza de la mirada de él. Y cuando él posó su otra mano sobre la suya, ella sintió que se acaloraba.

El tacto de la mano de Nick era muy placentero y, de repente, el cuerpo de Corrie clamaba por más. ¿Acaso había estado tan privada de contacto masculino que un simple roce hacía que su cuerpo se encendiera? ¿O era porque se trataba de Nick Merrick quien la estaba tocando?

Por fortuna él no se dio cuenta del terremoto que había causado en ella mientras caminaban hacia el comedor, o al menos, aparentó no darse cuenta. Ella se sentía muy cohibida y estaba preocupada de que su inexperiencia no se notara.

Cuando llegaron al comedor Corrie se quedó impresionada al ver la longitud de la reluciente mesa y las tres lámparas de araña de cristal que la iluminaban. Había también un aparador a juego sobre el que reposaban unos cuencos preciosos de cristal tallado y, al otro lado de la estancia, la mesa de servicio con una bandeja, una cafetera y unos candelabros, todos de plata.

También la impresionaron los tres cuadros al óleo que colgaban de la pared. Uno representaba una escena de Texas, otro una hermosa pradera, y el tercero era un retrato de la madre de Nick y Shane. Aunque Amelia Merrick había fallecido hacía años, Corrie la reconoció porque había visto alguna foto suya.

Nick la guió hacia un extremo de la mesa donde había dos servicios colocados, uno en la cabecera y el otro, a su derecha. La mesa estaba adornada con flores y candelabros de plata con velas color marfil. Corrie se sentía cada vez más fuera de lugar.

Las velas y las flores le parecieron algo muy romántico, pero con toda seguridad, no era ésa la intención. Lo más probable era que, aunque a ella esas cosas le parecieran algo especial, para la gente rica fueran cosas corrientes.

Corrie intentó recordar todo lo que había leído en los libros sobre protocolo, pero como no conseguía acordarse de nada, comenzó a calcular cuánto tiempo tardaría en cenar, quedarse algunos minutos más y retirarse lo antes posible.

Una hora le parecía poco cortés, pero no se creía capaz de aguantar ni cinco minutos más. ¿Y si no se le ocurría nada que decir?

Se consoló pensando que Nick tenía suficiente mundo para saber que ella era una chica de campo y no de ciudad y que, por mucho que le hubiera dado el brazo para llevarla a la mesa, no esperaba que hablara y se comportara como una dama.

No le importaba lo que él pensara con tal de que no se enterara de que él era la razón por la que se había quedado casi muda. E intentaría comer lo suficiente para no ofender a la «mejor cocinera de Texas».

Durante la cena, Corrie estuvo muy reservada. A pesar de que Nick sabía que llevaba el rancho tan bien como un hombre, se vestía como un hombre y trabajaba igual de duro que cualquier vaquero, quedó fascinado al ver en ella algo muy vulnerable y delicadamente femenino.

¿Desde cuándo no había estado con una mujer a quien un ligero roce sin intención, la hubiera hecho sonrojarse? ¿Conocía a alguna mujer que fuera capaz de sonrojarse? Claro que las que él frecuentaba hacía tiempo que habían perdido el candor de su inocencia.

Acompañó a Corrie hasta el lugar que le habían designado a la derecha de la cabecera de la larga mesa, dejó las bebidas de ambos y le sujetó la silla para que se sentara. Los hermosos cabellos de ella parecían suaves como la seda y tuvo que reprimirse para no acariciarlos. Olían a champú de flores y deseó hundir la cara en la melena. Era un impulso inesperado que lo sorprendió.

Intentó desviar sus pensamientos y se percató de que Louise había quitado el servicio de Shane de la mesa y había acercado los candelabros y las flores que, sin duda, había puesto en honor a Corrie.

Antes de sentarse, Nick encendió los candelabros. Miró a su silenciosa invitada y se fijó en que la luz de las velas se reflejaba en sus ojos azules haciendo que parecieran suaves llamas.

Al ver las velas encendidas, ella sonrió complacida con una expresión de deleite casi infantil.

—Resulta muy agradable —dijo con dulzura—. Y las flores son preciosas.

—Así que te gustan las velas… —dijo él, aunque era obvio—. Su luz te sienta muy bien. —Nick fingió no darse cuenta de la sorpresa que causó su comentario—. Parece que a la señorita Lou le gustan las flores tanto como a ti. Sólo que ella prefiere que se las envíen de la ciudad en lugar de cultivarlas como haces tú.

—Yo nunca he cultivado ninguna tan elegante. Sólo las normales de jardín —se apresuró a decir Corrie, haciendo caso omiso del cumplido.

Nick no pudo evitar compararla de nuevo con sus amigas de la ciudad. Mujeres refinadas que esperaban recibir piropos como si fueran obligatorios. Ninguna le parecía tan encantadora como la que tenía delante, sentada con las manos sobre el regazo y con el pulso reflejado en su cuello palpitando a toda velocidad. Una mujer que parecía tan poco consciente de su atractivo que Nick sintió que debía hacérselo notar.

Pero ¿por qué parecía ser tan inocente y tan poco presumida? Seguro que Shane que tenía mucho don de palabra la habría bombardeado con cumplidos. Entonces ¿por qué parecía tan inocente? ¿Acaso la atracción de Shane hacia Corrie, cuando estaban en el instituto, no había sido tan seria? ¿Sería todo una equivocación de su padre?

Por otra parte, podía ser que el silencio de Corrie y su manera de sonrojarse se debieran a lo que él le había dicho seis años atrás. No es que hubiera sido grosero, pero sí muy directo, dejándole claro que no la consideraba a la altura de su hermano. Sabía que había lastimado sus sentimientos, pero consideró que, a la larga, era lo mejor para ella. Su padre habría sido más cruel.

Tal vez sólo había acudido a la invitación por Shane, y al ver que él no iba a estar, se había sentido obligada a seguir allí por educación. Eso era algo que la honraba, porque se estaba exponiendo a que él volviera a decirle cosas duras.

Louise entró con una bandeja y Corrie le sonrió aliviada. Luego volvió a mirar a Nick.

Él agarró su servilleta.

—No nos vendría mal un poco de lluvia por este lado de la cerca. ¿Qué tal vais de agua por tu lado? —Era una pregunta lógica entre rancheros… y era un comienzo.

La velada transcurrió bastante bien y, aunque Corrie estaba muy cohibida, consiguió hacerle justicia a la cena.

La conversación no había resultado tan difícil como se temía, y se sintió halagada de que Nick hablara del ganado, de los caballos y de negocios, como si ella fuera su igual. Además había prestado atención a lo que ella decía, y se había mostrado de acuerdo o en desacuerdo, pero siempre sin condescendencia. O, al menos, así le pareció.

A medida que transcurría la velada, Nick le gustaba más. Seguía siendo el hombre que le había dicho que no estaba a la altura de su hermano, pero no podía tenérselo en cuenta porque ella estaba de acuerdo. Ella no era apropiada para Shane, ni tampoco para Nick, aunque le costaba recordarlo.

Años atrás había estado enamorada de él y lo consideraba el hombre más atractivo que conocía. Era mayor y más serio y responsable que los chicos de su edad y eso la había impresionado.

Entonces no lo conocía, pero sabía muchas cosas sobre él a través de su hermano. A Shane le molestaba que Nick mandara sobre él, pero también lo admiraba.

Shane le había confiado a menudo los detalles de alguna discusión con su hermano, y si a ella le había parecido que Nick tenía razón, se lo había dicho a Shane.

Era sorprendente que Shane hubiera seguido confiando en ella y que no se enfadara a pesar de que se ponía del lado de Nick. De todos modos, después de hablar, casi siempre acababa viendo las cosas de otra forma.

A Corrie le parecía que el mayor problema de Shane era tener que lidiar con dos hombres de carácter tan fuerte como eran su padre y su hermano. Él era más flexible, pero también tenía una personalidad dominante.

Corrie envidiaba la relación tan cercana que, a pesar de sus frecuentes discusiones, ambos hombres tenían con su padre. Por muchas diferencias que tuvieran, siempre se aliaban al menor signo de peligro. Nada que ver con la relación entre ella y su propio padre.

Corrie nunca se había sentido tan querida ni tan segura como para poder ni siquiera pensar en enfrentarse a su padre. Tampoco había podido confiarle nada. Nunca la había tratado mal, pero Corrie se sentía como si él pensara que sólo era otro par de manos para el trabajo.

Eso sí, le agradecía que estuviera dispuesta a trabajar todo el día cuando no tenía clase, pero daba por sentado que los demás días ella cocinara, hiciera la colada y cuidara de la casa, además de innumerables tareas.

A los ocho años, ya había empezado a hacer todo eso. Hasta entonces había vivido con ellos una tía, pero tras su fallecimiento, el padre había esperado que Corrie se hiciera cargo de todo. Afortunadamente, la tía, consciente de su mala salud y, temiendo que su hermano no se molestara en contratar una empleada, había tenido suficiente paciencia para enseñarle las tareas del hogar.

Tras la muerte de su tía fue muy duro para Corrie tener que encargarse de cocinar y de todo lo demás. Por otra parte, no tenía quien la aconsejara en cosas que una niña necesita saber al madurar. El único recuerdo que le quedaba de su madre era unas fotos, y su padre apenas le hablaba de ella.

Sin embargo, se las arregló para tener muchas amigas y amigos. A menudo, Shane la ayudaba en sus tareas del rancho para que ella pudiera salir con sus amigas y, cuando tuvo permiso para conducir, la llevaba a las actividades del instituto.

Su amistad había comenzado en el colegio, durante un proyecto de ciencias y continuó desde entonces. Muchas tardes estudiaban juntos o hacían las tareas del colegio.

Su relación no tenía ninguna de las complicaciones de la atracción entre un chico y una chica. Eso no era de extrañar puesto que otros chicos tampoco le hacían caso como a una chica. Era demasiado corriente y muy poco femenina.

Esa noche, Nick le cedía el paso al salir hacia el jardín y Corrie se lamentaba de ser tan corriente y tan poco femenina.

El enamoramiento que había sentido por Nick años atrás, se había acrecentado durante la última hora, y se sentía frustrada y nerviosa, con un nerviosismo extraño que la hacía estremecer.

Al salir, Nick no había vuelto a ofrecerle el brazo. La tradición familiar no daba para tanto. Era una lástima porque,

probablemente, no volvería a estar a solas con él, y si hubiera otra cena sorpresa para Shane, sería él quien se ocuparía de la tradición.

La voz grave de Nick interrumpió sus pensamientos.

—Pensé que te gustaría ver algunas de las flores que tenemos alrededor de la casa. Quizás quieras llevarte algunas para plantar en tu jardín. Si me dices cuáles te gustan, le diré a la mujer del capataz que las prepare y te las puedo llevar cuando te venga bien.

El ofrecimiento era toda una sorpresa y Corrie apartó la mirada.

—No tienes por qué hacer eso… —¿Por qué no? A mi madre le encantaba intercambiar plantas. Regalaba tantas como le regalaban. Nunca compraba en un vivero, a menos que fuera algo especial que nadie tuviera— dijo Nick con una sonrisa, que delataba que se daba cuenta de que ella era demasiado orgullosa para aceptar—. Si crees que me vas a deber algo a cambio, déjame escoger alguna de tus flores cuando me invites a cenar esta semana.

Al oírlo, Corrie se volvió sorprendida. Él se dio cuenta y sonrió con dulzura.

—Aunque, además de la cena, me gustarían algunos de los tomates que vi en tu huerta cuando estuve en tu casa. Se te dan muy bien las plantas. Ella se quedó atónita. Y emocionada. Nick se estaba autoinvitando a casa de ella sin mencionar siquiera a Shane. ¡Como si hubiera disfrutado de la velada y quisiera repetirla! Pero también estaba horrorizada. Después de conocer la casa de Nick, su casa resultaba demasiado pobre. Shane siempre se había sentido a gusto en ella, pero nunca lo habría invitado si hubiera visto primero la casa de ellos.

Corrie apartó la vista y miró hacia delante. Sentía la misma excitación que había sentido aquel mediodía con Shane. Tal vez al caerse del potro se había golpeado la cabeza y todo lo que estaba pasando no era más que un sueño.

Un sueño maravilloso, pero una locura.

No. No podía ser verdad. Nick Merrick acababa de invitarse a cenar a casa de ella. ¡Esa misma semana! Por otra parte, ella sabía que lo correcto era corresponder a una invitación con otra invitación. No lo había leído en los libros de buena educación, pero lo practicaba con sus amigas. Sólo que con ellas era cuestión de amistad, y ninguna se preocupaba de lo que las otras tenían o dejaban de tener.

Pero Nick sabía que ella no era rica ni sofisticada y que no pretendía parecerlo. Seguro que no esperaba sentarse en un comedor con cuadros en las paredes, ni servicios de plata ni porcelana.

En realidad, el que quisiera sentarse en su modesta mesa y comer lo que ella cocinara, era todo un cumplido.

Un cumplido alucinante. Quizás uno de los más bonitos que había recibido, porque significaba que, tal vez, quería verla a ella y pasar un rato con ella. Pero posiblemente se estaba haciendo demasiadas ilusiones, producto de lo solitaria que era su vida.

Capítulo 5

Corrie se detuvo frente a una hilera de plantas llenas de flores.

—¿Qué… qué noche?— balbuceó.

Nunca había sido cobarde, pero tener a Nick cenando en casa sería el acto más valiente de su vida. Ya había sido bastante difícil ir a cenar allí aquella noche. A los dieciocho años, habría dado cualquier cosa por esa oportunidad, y no iba a despreciarla saliera como saliera.

—Si no es mañana, entonces, pasado mañana. O el otro —dijo Nick con una sonrisa—. Ya sé que no es de buenas maneras invitarme yo mismo, pero esta noche lo he pasado muy bien. Espero que no tengas en cuenta mis malos modales —volvió a sonreír.

Su sonrisa era tan cálida que a Come se le aceleró el corazón.

—Vaya, vaya, Corrie. Tu expresión me hace pensar que crees que llevo malas intenciones…

Ella se sonrojó. Nick le estaba tomando el pelo igual que lo había hecho Shane.

—¿Las llevas? —se atrevió a preguntar—. ¿Llevas malas intenciones?

—Si las llevara, confío en que me pares los pies.

Corrie se azaró aún más. ¿Estaba aludiendo a su poca feminidad?

Como si hubiera hecho la pregunta en voz alta, él respondió:

—Según dice mi hermano, conseguiste mantenerlo a raya. Le diste una lección de modales muy valiosa. Por lo menos una vez, que yo sepa. ¿Lo recuerdas?

Corrie no recordaba nada, porque Shane siempre había sido muy educado.

—¿Cuándo sucedió eso?

—Déjame que piense… —dijo y volvió a mirarla—. Creo que los dos estabais en octavo y, si mal no recuerdo, tenía algo que ver con unos tirachinas y una lata que clavasteis en un poste.

Corrie recordó divertida. Shane y ella habían estado tirando piedras y ella había dado en el blanco muchas veces, mientras que Shane no había dado ni la mitad, aun después de haberse intercambiado los tirachinas. Shane se había enfadado y había tirado el suyo diciendo que eso era un juego de niños.

Corrie, ofendida por que su amigo pusiera en duda su habilidad, sólo porque él no estaba ganando, lo había acusado de ser un niño consentido y una nenaza que se había dejado ganar por una chica.

Shane se había puesto furioso, y agarrando de nuevo el tirachinas, había tirado y fallado otras cuantas veces. Aún más furioso, y soltando una sarta de palabrotas, había tirado el tirachinas lo más lejos posible.

Nick continuó con su versión de los hechos.

—Shane llegó a casa todo mojado y muy enfadado. Reconoció lo que había pasado y alegó que lo habías empujado a una charca y le habías dicho que fuera a casa a lavarse la boca con jabón, informándolo de que tú eras tan mujer como cualquier otra chica y que tuviera cuidado de no ir diciendo palabrotas delante de ti. Uf, ¡cómo se puso!

—Así que te contó aquello…

—A mí y a nuestro padre. Y tuvo que aguantar otra humillación más. Que nosotros dos nos riéramos de él. Hasta entonces nunca había sabido perder, pero el que lo empujaras a una charca hizo que aprendiera mucho. Sobre perder y sobre ir diciendo palabrotas delante de las damas.

Nick la miró riendo y con una expresión de aprobación que hizo que Corrie se sintiera dichosa.

—Fuiste la primera persona en su vida que no le toleró que no supiera perder y, al parecer, tampoco ibas a aguantar que hablara mal delante de ti.

—Recuerdo que estuve muy preocupada cuando él salió de estampida —dijo Corrie—. Su caballo casi se desboca porque él no

paraba de gritar, y yo tenía visiones de vuestro padre viniendo a hablar con el mío.

Nick negó con la cabeza.

—Necesitaba que le dieran una buena lección. La lección sobre cómo tener espíritu deportivo y saber perder le sirvió mucho en el mundo del rodeo. Todavía es capaz de soltar un sinfín de palabrotas, pero siempre evita que las damas puedan oírlo —miró a Corrie—. Sé que decidió que te tenía que pedir disculpas. ¿Te las pidió por fin?

Corrie sonrió al recordarlo. Shane se había disculpado con toda sinceridad en cuanto volvió a verla en la ciudad. Luego la había invitado a una hamburguesa y un chocolate malteado en Main Street y desde entonces fueron más amigos que nunca. Nunca más dijo palabrotas delante de ella ni permitió que nadie las dijera.

—Sí, se disculpó —contestó ella con retraso, pero sin dar más detalles, porque pertenecían al tesoro de sus recuerdos. Había sido la primera de muchas veces en que Shane la había invitado a una hamburguesa o al cine. Nada romántico, pero a ella le había gustado—. Era un buen amigo.

—Y en el último año de instituto, algo más que un buen amigo.

La frase de Nick la hizo sentir muy incómoda. Había algo distinto en el tono de su voz, algo muy serio que no lograba identificar, pero que intuía que no era bueno.

¿Lo había dicho porque intentaba sonsacarle la confirmación de que había habido un romance entre ellos? Aunque así lo creyera, la falta de contacto entre ellos durante varios años debería de haber hecho que se diera cuenta de que no había habido nada entonces, y seguía sin haber nada.

Corrie se encogió de hombros.

—Nunca logré entender por qué tú pensabas que Shane y yo éramos algo más que amigos —dijo con candor. Se detuvo y lo miró.

El se detuvo también y ella se azaró. Habían ido a sacar justo el tema que ella no deseaba tocar esa noche.

—¿Y ahora?

El tono grave de su voz y la seriedad de su rostro hicieron que Corrie se sintiera tremendamente incómoda. ¿Era de eso de lo que esa noche se trataba? ¿De averiguar si había algo entre Shane y

ella? No tenía sentido dar rodeos.

—¿Es por eso que me has invitado esta noche? ¿Para averiguarlo?

Nick negó con la cabeza.

—Así fue como empezó todo.

Corrie se estremeció y apartó la mirada, sabiendo que había sido un error por su parte creer que todo aquello era lo que ella había pensado. Tenía que haber mantenido su costumbre de evitar la casa de Shane y a su familia, como si tuvieran la peste.

¡Cómo había cambiado de repente la agradable velada sin que ella se diera cuenta! Había llegado a creer que todo había ido muy bien y que Nick realmente había disfrutado de su compañía, hablando con ella como si pensara que era inteligente y que tenía opiniones que valía la pena escuchar. ¿Cuál había sido la verdad?

Probablemente nada. Era obvio que Nick le había dado cuerda y, con mucha sutileza, la había llevado a su terreno. ¡Qué idiotez, pensar ni por un segundo que el mundano y experimentado Nick Merrick podía estar interesado en ella como mujer!

Acaso, ¿cómo podía interpretarse que se invitara a cenar a su casa la noche siguiente? Se sintió tan avergonzada que se le hizo un nudo en el estómago.

Había conseguido que hiciera el ridículo, y le daba tanta vergüenza que tardaría mucho en sobreponerse. Hizo un esfuerzo para mirarlo a los ojos.

—Shane no iba a venir en ningún momento, ¿verdad? —Se estaba poniendo furiosa.

Él la miró con expresión sombría.

—Mi intención era que Shane estuviera aquí. Debería haberle dicho que ibas a venir antes de que se fuera a la ciudad, para que no hiciera otros planes. Pero sí es cierto que quería veros juntos. Supuse que averiguaría lo que quería averiguar sin preguntarlo.

Ella alzó la cara.

—Yo también tengo un par de preguntas, y no soy tan cobarde como para no hacerlas. La primera, ¿por qué te interesa saberlo? Y la segunda; ¿por qué no se lo preguntas a Shane?

Corrie percibió que Nick se ponía furioso y supo que había dado en el blanco al insinuar que era un cobarde. Dicho por alguien como ella le debía de resultar particularmente ofensivo. Era la

pequeña satisfacción que ella sacaba de esa noche. Además de toda una lección.

No le importaba lo que Nick contestara a sus dos preguntas, porque a partir de ese momento no pensaba tener nada que ver con él. Seguramente él sentía lo mismo.

¡Qué difícil le habría resultado comportarse como un perfecto anfitrión!

La expresión del rostro de Nick se hizo dura y ella recordó aquel día de seis años atrás.

—Me interesa saberlo porque podría afectar al futuro de los negocios de los Merrick. Y Shane no habla sobre ti. Hace años que dejó ese asunto bien cerrado.

Era una respuesta cortante y concisa que lo explicaba todo.

—No tengo ni idea de lo que yo pueda tener que ver con los negocios de los Merrick, a menos que tengas miedo de que Shane se case tan por debajo de su nivel. Pero si eso es algo que tu hermano no quiere comentar contigo, creo que deberías respetar su silencio. —Corrie no conseguía disimular la ira que denotaba su voz. Pero no le importaba, puesto que había dicho exactamente lo que pensaba —. La próxima vez que quieras saber algo sobre mí, respétame lo suficiente como para preguntarlo directamente sin recurrir a trucos como el de esta noche.

Corrie se volvió y se alejó de él. No era necesario que volviera a entrar en la casa puesto que llevaba sus llaves en el bolsillo. Necesitaba alejarse de allí cuanto antes, y si sus pasos eran demasiado largos para parecer femeninos y eso invalidaba todos sus esfuerzos de esa noche, le daba igual. Era la última vez que iba a intentarlo.

Corrie no se inmutó al notar que Nick la seguía y, sin mirar atrás, atravesó el jardín hacia el frente de la casa, se metió en su camioneta y arrancó.

Al llegar a casa se sentía enferma y al borde de las lágrimas. ¿Cómo podía ser que Nick se hubiera comportado tan mal?

Se arrancó los pendientes y los tiró con furia sobre el suelo de la cocina.

De pronto oyó el motor de una camioneta que paraba en la parte de atrás de la casa. Aunque sólo los amigos iban por detrás, pensó que sería Nick.

Corrie encendió la radio y subió el volumen. Vio surgir a través de las cortinas la figura alta de un vaquero que subía los escalones del porche y llamaba a la puerta.

La idea de que Nick la hubiera seguido a casa la inquietaba. ¿Para qué iba a hacerlo? ¿Para pedirle disculpas? Si hubiera sido por eso, podría haber aprovechado para hacerlo antes de que saliera de su finca. Seguramente tenía otras cosas que decirle y ella estaba segura de que no le iban a gustar.

Pero Corrie también tenía un par de cosas que le gustaría decirle, así que aprovecharía para soltarlas. Se apresuró hacia la puerta y la abrió de golpe.

Pero quien estaba detrás de la puerta no era Nick, sino Shane. Estaba sonriendo y la miraba de arriba abajo.

—Pero bueno…, señorita Corrie. Tienes el aspecto de un helado de tres sabores. Pantalones color vainilla, camisa de fresa y cabellos de chocolate —la miró a la cara y al ver la expresión tan enojada que tenía, soltó el silbido que reservaba para los momentos de gran sorpresa—. Y estás furiosa como un demonio. ¿Verdad? —La observó unos momentos más para asegurarse y continuó—. Y es por culpa de un hombre. ¿Y de quién se trata? O más bien debería preguntarte ¿quién es ese malnacido canalla que te ha hecho enfadar tanto?

Corrie no pensaba decirle nada que le diera una pista. No quería que nadie se enterara de que había estado cerca de Nick Merrick o de su rancho. Y Shane no le había leído el pensamiento para saber que estaba furiosa por un hombre, sino que lo había deducido al verla vestida de modo tan diferente al normal.

—Estoy furiosa con el mundo, vaquero —dijo Corrie haciendo un esfuerzo por calmarse—, pero se me pasará pronto —dio un paso atrás como para dejarlo entrar—. ¿Qué has estado haciendo?

Shane entró y, quitándose el sombrero Stetson, lo dejó sobre la mesa. La vez anterior no se lo había quitado y Corrie pensó que en ese momento estaba reaccionando a su atuendo más femenino. Vio que él miraba el suelo, se agachaba para recoger los pendientes y los ponía sobre la mesa sin decir nada.

—He estado viendo qué hay de nuevo en la ciudad y estuve echando un vistazo al nuevo bar que hay en la carretera —dijo, contestando a su pregunta, mientras su mirada volvía a recorrerla

de arriba abajo.

Corrie sintió que se acaloraba y se sonrojaba.

—¿Has estado allí ya?

¿Acaso él también estaba tratando de sonsacarle información? No podía culparlo después de que viera lo furiosa que estaba y los pendientes por el suelo.

—Yo no voy a cervecerías.

Shane se rió.

—El hecho de que sirvan cerveza no significa que sea un antro de pecado, Corrie. Tienen prácticamente todos los refrescos que existen. Y esta noche también tienen una banda de música *country* bastante buena y un gran salón de baile. Vine a ver si te apetecía ir a bailar.

—Yo no sé bailar.

Shane volvió a sonreír.

—Pero yo sí, señorita Gruñona Furiosa con el Mundo, y puedo darte algunas lecciones si puedes dejar de gruñirme un rato —volvió a recorrerla con la mirada—. No. Cambia eso. Puedes gruñir todo lo que quieras y aun así te enseñaré a bailar. Por cierto, te sienta muy bien el color rosa —miró hacia abajo—, y tengo que celebrar haber vivido para ver el día en que Corrie Davis se puso un par de vaqueros blancos y ceñidos… ¡Y sandalias! Después de todo, tienes unos deditos muy lindos. Seguro que ahora los muestras a todas horas.

Corrie estaba tan asombrada que no podía hablar. La habían lastimado tanto esa noche que los piropos de Shane eran como un bálsamo para su orgullo herido. Confiaba lo suficiente en su antigua amistad como para saber que sus cumplidos eran sinceros.

Shane alzó la vista hacia sus caderas y la posó en la cintura.

—Ahora sólo te falta un buen cinturón con una hebilla dorada para hacer resaltar tu cinturita. Uno más grande que ese que llevas ahora. Toma… —se desabrochó la hebilla de oro de campeón mundial de rodeo y se sacó el cinturón—. Me parece que mi cinturón es demasiado grande para tu cinturita de avispa —dijo acercándose y quitando la hebilla del cinturón.

Atónita, Corrie lo agarró de las manos para que se detuviera.

—¡Oh, no, Shane! Vuelve a ponértelo, por favor.

Shane alzó la vista y sus miradas se encontraron. Corrie se

quedó sin aliento al ver el atractivo rostro de Shane. Se estaban mirando y solo sus manos se interponían entre ellos. Los dedos de ella rozaban el torso de Shane y los de él estaban justo debajo del pecho de ella.

Algo cambió en él y se puso muy serio.

—Corrie, me gustaría que esta noche lo lucieras tú —dijo con dulzura.

—No podría. Es tuyo y debes lucirlo tú, no yo. No iré contigo si no lo llevas tú.

—¿Así que vendrás conmigo a bailar?

—No lo sé. Pero, por favor, tú te lo has ganado con mucho esfuerzo. No sería correcto que nadie más lo luciera. Yo no soy ninguna campeona de rodeo —dijo ella y, para sacar a Shane de su expresión tan seria, añadió—. Si no, pregúntaselo al potro que me tiró esta mañana al suelo.

Él la miró a los ojos y dijo en un tono ligeramente áspero:

—Corrie, tú eres una campeona mundial entre las mujeres.

El tono de Shane era tan grave y tan serio que Corrie apenas pudo reprimir las lágrimas.

—Soy un estúpido —continuó él—. Acabo de darme cuenta de lo que pienso de ti, y no entiendo cómo no me he enterado hace años. Supongo que es por eso que quiero darte algo para que lo sepas.

Ella dejó escapar una risita nerviosa para disimular que estaba a punto de llorar.

—En ese recorrido de rodeos, ¿repartieron hebillas de oro para campeones mundiales de adulación?

Shane se puso muy serio.

—No, señorita. La adulación no es sincera y yo estaba rindiéndote homenaje. Hay una gran diferencia.

Corrie bajó la cabeza para mirar sus manos entrelazadas. Si pudiera echar marcha atrás hasta esa mañana. Las cosas entonces eran muy simples. Pero se habían complicado y ella no sabía cómo digerir todo lo que había pasado desde que Shane había aparecido en el porche trasero.

Shane le soltó una de las manos para dejar el cinturón y la hebilla sobre la mesa de la cocina. Luego le alzó la barbilla para mirarla a la cara.

Ella sólo tuvo tiempo de ver la intensidad de su mirada y sentir

la electricidad que despedían sus ojos azules, antes de darse cuenta de que él inclinaba la cabeza para besarla.

—Oh, Shane… no lo hagas… —consiguió decir antes de que los labios de él se posaran levemente sobre los suyos que estaban entreabiertos.

Corrie estaba aturdida y no sabía qué hacer. ¿Debía devolverle el beso? ¿Debía cerrar la boca? ¿Debía apartar la cara?

Shane le evitó tener que tomar una decisión. Su tono era áspero.

—¿Estoy besando a la mujer de otro hombre?

La pregunta la sobresaltó y contestó casi en un suspiro.

—No, claro que no —estaba diciendo la pura verdad.

—¿Claro que no? —dijo él riendo entre dientes—. ¿Eso qué quiere decir?

Hablaba en voz baja con un tono de incredulidad que a ella le producía una sensación agridulce. Era hora de parar lo que estaba sucediendo. De pararlo todo. Ya se había dejado engañar por uno de los hermanos Merrick y no iba ni a plantearse qué es lo que el otro buscaba.

La estratagema de Nick la había hecho desconfiar de todos los hombres, incluso de Shane. Shane era un amigo, pero ella no quería hacerse más ilusiones de las que debía. Seguramente él era un experto en mujeres y siempre las besaba, así que lo que había sucedido no era nada especial para él.

Corrie dio un paso atrás e intentó retirar las manos, pero él se las retuvo. Ella no se atrevía a mirarlo a la cara.

—Ha sido un día muy largo, Shane. Estoy tan cansada que no puedo ni siquiera pensar con claridad.

Él volvió a reír.

Esa sensación de que no puedes pensar con claridad es por culpa del beso. Si no lo es, me encantaría probar otra vez.

Corrie forzó una sonrisa.

—Me alegro de que hayas vuelto, Shane, y me alegro de que vinieras a verme. Ha sido mucho tiempo.

Se obligó a mirarlo, rezando para que él decidiera marcharse. Estaba emocionada. Le volvían un sinfín de recuerdos y la invadía todo el cariño y la gratitud que había sentido por él como amigo. Pero temía que el beso lo hubiera cambiado todo y que, a la larga, estropeara su amistad de tantos años. Se sentía exaltada y

desconcertada, y pensó que lo mejor para ese estado siempre había sido dormir un poco.

Shane la miró como si sospechara algo, pero por fin cedió y la soltó. Aparte del beso que le plantó cuando se marchaba, no hubo nada más.

Corrie agarró los pendientes de la mesa pensando en tirarlos a la basura, pero, después de apagar las luces, se los llevó consigo cuando subió al dormitorio.

Capítulo 6

A la mañana siguiente, Corrie no encontraba su cepillo del pelo y se percató de que se había dejado el bolso sobre el sofá en casa de los Merrick. Como no acostumbraba a usarlo, no había ni pensado en él. El cepillo no le importaba porque podía comprarse otro, pero también llevaba la billetera.

Utilizó para peinarse un peine de púas grandes y se trenzó el pelo como siempre antes de salir a realizar algunas tareas antes del desayuno. Esa mañana tenían que trasladar ganado a otros pastos, y quería estar lista antes de que llegaran los dos vaqueros que trabajaban para ella a media jornada.

No podía telefonear al Rancho Merrick y pedirle a Shane que le llevara la billetera, porque no quería que supiera que había estado allí. Estaba segura de que Nick no le diría nada a su hermano, puesto que parecían tener muchos secretos entre ellos referentes a ella. Tal vez, después del fracaso de la noche anterior, Nick también querría mantener en secreto la visita, y Louise haría seguramente lo que Nick le mandara. Corrie tendría que buscar una manera de recuperar el bolso que no fuera a través de Shane.

Tampoco quería arriesgarse a ir a buscarlo porque Shane podía estar allí y, desde luego, no quería enfrentarse de nuevo a Nick en su propio terreno. Tampoco sabía cómo manejar el asunto. No quería crear más problemas entre los hermanos, ya que había suficientes tensiones en el Rancho Merrick a causa de los deseos de independencia de Shane.

Shane había sido testigo de su disgusto de la noche anterior, y

ella quería evitar que se enterara de que el mal nacido canalla era su propio hermano.

Había reflexionado sobre el comportamiento de Nick. Efectivamente, la había invitado por motivos distintos de los que le había hecho creer. Pero lo había reconocido con todos los detalles, aunque, eso sí, después de que ella se lo preguntara. Tal vez fuera cierto que pensaba que Shane iba a estar allí, como había dicho.

Si ella no hubiera estado tan tontamente emocionada por estar con él, no habría reaccionado con tanta rabia. No debía de ser demasiado difícil para un hombre como él deducir que la causa de su reacción era haberse tomado demasiado en serio la atención que él le dedicaba por cortesía. Eso no era culpa de él.

Quedaba confirmado que su inexperiencia en las relaciones entre hombres y mujeres la descalificaba para entrar en ese reino tan misterioso. Pensó que era mejor aferrarse a lo que conocía y entendía, que hacer el ridículo. Así, al menos, el poco orgullo que le quedaba después de la noche anterior, estaría a salvo.

Hacía semanas que se sentía con el ánimo por los suelos y lo ocurrido la remataba.

La mejor solución para ella era entregarse de lleno a su trabajo.

—Oye, hermano mayor. Tengo una pregunta para ti —dijo Shane cuando se sentaron a desayunar.

Nick no estaba de humor para enfrentarse a la alegría matinal de Shane, pero no le parecía bien proyectar su mal humor sobre su hermano. Ambos habían tenido suficiente mientras su padre vivía.

—¿Qué pregunta? Shane alargó la mano para agarrar el plato de carne.

—¿Has oído algo sobre quién sale con quién en este lugar? —preguntó mientras se servía.

—A veces. ¿Quién?

—Corrie Davis. ¿Con quién está saliendo?

Nick sintió que su humor empeoraba.

—¿Por qué?

—Sólo curiosidad.

No preguntaba por curiosidad, pero Nick sabía que ése era un tema que seguía siendo tan delicado como en el pasado y trató de evitarlo.

—Yo pensaba que no estaba permitido hablar de Corrie Davis.

Shane se sirvió unos huevos y pasó la bandeja.

—Hablar de mí y Corrie Davis es lo que no está permitido. Eso y el tipo de comentarios que papá siempre quería hacer, tales como distintas versiones de «esa chica Davis no es suficientemente buena para un Merrick». Para que lo sepas, hermano, hablar mal de ella también es tabú.

—Entonces, ¿por qué sacas el tema y te arriesgas a oír lo que yo pueda decir? Mi único interés por ese tema era sólo por ti. Entonces y ahora.

El buen humor de Shane se debilitó.

—Déjame que cambie de tema sólo un poco y luego volvemos a hablar de Corrie. ¿Quién era aquella chica de la que te enamoraste hace unos años? La hija mayor del viejo Yancey Edwards, pero no me acuerdo de su nombre.

—¿Jenna? No me enamoré de ella. Sólo salía con ella.

—Sí, ésa es la que digo. Me pusiste a cavar postes de la cerca durante siete días sólo porque una vez dije que Jenna Edwards era mucha apariencia y poco cerebro.

Nick no pudo evitar sonreír al recordarlo.

—Tú no tuviste que cavar postes porque me dijeras eso. El castigo te lo ganaste porque me lo dijiste cuando su padre estaba lo suficientemente cerca para oírlo.

—¿Así que reconoces que era cierto?

—Era cierto. —A Nick no le importaba reconocerlo porque Jenna Edwards había resultado ser una chica sin substancia y sin sentido común. Todo porque su padre le había dado una vida demasiado fácil y la había consentido demasiado.

—Ahora podemos volver a Corrie —dijo Shane—. Lo que papá y tú decíais sobre ella no era verdad.

—No recuerdo haber dicho nada concreto sobre ella.

—Papá me dijo a la cara, en esta misma mesa, que Corrie era el tipo de chica para toquetear y jugar con ella en el granero, pero que no era del tipo con el que uno se puede casar y presentar a los amigos.

Nick no recordaba los detalles, pero después de pasar la velada con Corrie sabía que el comentario de su padre era una mentira tremendamente ofensiva.

—Se salió de la raya, y tú sabes que, en aquel momento, se lo

dije.

—Sí, se lo dijiste. Pero también me dijiste que una chica como ella no podría mantener mi interés por mucho tiempo, así que sería mejor que mantuviera mis pantalones en su sitio.

—Si recuerdas bien, eso te lo dije de casi todas las chicas con las que saliste.

—Las únicas veces que sonabas convincente era cuando lo decías de Corrie. Como si no fuera lo suficientemente buena para llevar la semilla de un Merrick.

—Si era lo suficientemente buena, ¿por qué te fuiste de gira sin ella? ¿Por qué no te casaste?

—Porque era sólo una amiga, Nick. Eso era lo que me parecía más injusto de vuestra actitud. No se me pasaba por la cabeza jugar con ella a las palmaditas y las cosquillas y los revolcones sobre la paja. Diablos, ella era tan ingenua e inocente que sólo un pervertido la habría mirado pensando en sexo. Me ponía furioso que papá y tú la ensuciarais así.

Quizás el padre lo había hecho, pero Nick pensaba un poco en Corrie. Ella no había tenido una vida muy buena con su padre, que la hacía trabajar demasiado. Tal vez hubiera sentido la tentación de escapar mediante una boda temprana. Vivir en una casa con otro hombre anciano, amargado y enfermo, no le habría proporcionado más que disgustos. Especialmente si Shane perdía interés por ella.

Si Corrie se hubiera ido con Shane a la universidad, se habría sentido marginada aunque ella y Shane se hubieran casado. De todos modos, Nick se habría encargado de que ella también se matriculara, pero el padre no habría dejado de reprochárselo.

—Yo nunca pretendí envilecerla —dijo Nick—. Estaba preocupado de que las hormonas masculinas y la proximidad hicieran estragos con vuestras vidas. Y una chica inocente como Corrie, seducida y luego abandonada cuando perdieras interés, podría sufrir mucho. Aunque luego te hubieras casado con ella, vivir bajo este techo, entonces, no era ninguna fiesta.

Shane estaba encorvado sobre su plato, pensando. Toda su alegría matinal se había esfumado. Nick, mientras tanto, hurgaba en su conciencia. ¿Habría dicho cosas peores sobre Corrie y no las recordaba? ¿Había pensado cosas peores? No conseguía recordar nada.

Pero sí tenía algo malo que confesar. Lo mejor sería que se lo confesara a Shane cuanto antes. Iba a costarle mucho conseguir que Corrie lo perdonara y necesitaría la ayuda de Shane.

Nick dio un primer paso hacia su confesión.

—¿Corrie sigue siendo sólo una amiga?

Shane lo fulminó con la mirada.

—Ella y yo hemos madurado mucho, así que muchas cosas han cambiado. Puede que eso también. Supongo que lo averiguaré muy pronto. Pero recuerda, Corrie Davis no es una perdida, ni tampoco es Jenna Edwards.

Nick sonrió pensando en la diferencia.

—No, según mis impresiones, una mujer como Corrie nunca se acostaría con un hombre con quien no estuviera casada y, desde luego, no se parece ni remotamente a Jenna. En cuanto a tu pregunta, dudo mucho que esté saliendo con nadie. —Nick pensó que ya era hora de aclarar las cosas—. Por lo que vi anoche, si hay alguien que le interese, aún no es nada serio.

Shane abrió los ojos, sorprendido.

—¿Dónde viste a Come anoche?

—Yo la invité a cenar para darte una sorpresa. Pero cuando llamaste a Lou, colgaste antes de que pudiera decirte nada y, como tampoco le dijiste donde estabas, no pude llamarte yo.

—Entonces Come no vino. —Shane parecía muy seguro.

—Estaba aquí cuando llamaste.

—¿Estaba aquí? —dejó el tenedor sobre la mesa—. Yo ni siquiera conseguí que se acercara a casa —sonrió, complacido—. ¿Corrie vino aquí por mí? ¿Qué dijo cuando vio que yo no aparecía?

—No dijo mucho. Es muy tímida. Tardó mucho en relajarse, pero luego pasamos un buen rato. O quizás debería decir que ella parecía que pasaba un buen rato. Yo, desde luego sí lo pasé. Es educada, agradable y sabe muchas cosas. Una mujer que piensa y sabe decir lo que piensa.

Nick recordó que cuando ella se enfadó, estaban junto a la piscina. Había tenido mucha suerte de que no le diera un empujón igual que hizo con Shane años atrás.

—¿Así que vosotros dos os llevasteis bien?

—Shane parecía muy contento de saberlo. Nick odiaba contarle el resto, pero tenía que hacerlo.

—Nos llevamos tan bien que me autoinvité a cenar a su casa.

—¿Sí? ¿Y qué le pareció?

—Me preguntó que qué noche quería ir. —Nick se percató de que la sonrisa de Shane se desvanecía e intuyó que era porque se sentía celoso. No tenía motivo—. Pero no pasó mucho tiempo antes de que yo dijera un par de cosas que lo estropearon todo.

—¿Qué cosas? —preguntó Shane, desconfiando.

—¿Estás seguro de que quieres saber los detalles?

—¡Diablos! Después de una introducción como ésa, puedes estar seguro de que quiero los detalles. Y yo vi a esa chica anoche, después de que llegara a su casa. Nunca la he visto tan enfadada. Yo nunca la hice enfadar tanto, y me intrigó saber quién era el malnacido canalla que la había puesto así. Pero tengo la impresión de que sé quién metió la pata. Así que, hermano mayor, ¿metiste mucho la pata?

Ya era después del mediodía cuando Corrie dejó su caballo y regresó a casa. Ya habían trasladado el ganado y los vaqueros se habían ido. El calor que hacía había conseguido mitigar sus nervios y su enfado. Tanto mejor, porque un ranchero alto y duro se dirigía a la parte trasera de la casa con el bolso de Come en la mano.

Su disgusto de la noche anterior se desvaneció al verlo. Iba con ropa de trabajo, camisa a cuadros y vaqueros, y su aspecto resultaba tan poderoso y viril que ella se estremeció.

Shane también era muy masculino, pero con un atractivo menos duro que a ella le resultaba muy querido y familiar. Pero quien realmente la afectaba era Nick. Quizás porque era mucho mayor, y tenía más experiencia en el trabajo y en la dura vida con la que ella también lidiaba día a día. Incluso de joven, Nick siempre había parecido un adulto.

Tal vez, como ella, nunca había tenido niñez. Ésa podía ser la razón por la que siempre la había atraído.

Y puesto que ella era una mujer tan poco femenina, era normal que se sintiera atraída por un hombre tan rudamente masculino como Nick. Después de todo, ella había crecido compitiendo con chicos en todo lo que necesitara fuerza física y habilidad. Nunca se había sentido atraída de forma romántica por ninguno de ellos. Era difícil de imaginar que se sentiría atraída por un hombre que considerara su igual. No era que quisiera que la dominaran, pero

algo en ella ansiaba la seguridad que un hombre fuerte podría proporcionarle.

No tenía sentido pensar en eso. Nick la había hecho sentir cosas que tendría que olvidar. Era mejor recuperar su bolso y enfrentarse a lo que tuviera que decirle. Luego él se iría y ella entraría en casa. Antes, casi nunca se cruzaban, y pronto volvería a ser todo igual.

Se dirigió hacia Nick.

—Veo que encontraste mi bolso —dijo aparentando normalidad —. Te agradezco que me lo hayas traído al pasar —el tono insinuaba que no esperaba que se quedara. No quería ser descortés, pero deseaba acabar cuanto antes.

No quería sentirse obligada a invitarlo a entrar, ni perder el tiempo charlando con él. Y ¿de qué habrían charlado? Nick le entregó el bolso y ella lo agarró.

—Estaba preguntándome si podríamos hablar —dijo él.

Corrie se estremeció, como al verlo llegar, pero trató de dominarse.

Él se quitó el sombrero y empezó a darle vueltas entre sus fuertes manos como si estuviera nervioso.

Ella lo miró a los ojos para cerciorarse de que así era.

—Lo pasé muy bien cenando contigo, Corrie. Las razones por las que te invité no eran correctas y te pido disculpas por el engaño. Pero que conste que sólo te engañé en eso. No me arrepiento de haber estado a solas contigo y de haberte conocido un poco mejor. Como ya te he dicho, disfruté de la velada. No era mi intención hacerte daño u ofenderte, así que espero que puedas aceptar mis disculpas. Son sinceras de verdad.

Las palabras de Nick llegaron al corazón de Corrie e hicieron que le latiera muy deprisa. Se le encendieron las mejillas y no podía mirarlo a los ojos. Si él estaba fingiendo, lo hacía muy bien y debería dedicarse a actor de cine.

—Gracias —dijo ella con un hilo de voz. Estaba aturdida y nerviosa. Las disculpas de Nick la desconcertaban y exigían algo más que un simple gracias. Pero el encuentro le había producido un cortocircuito en el cerebro y no sabía qué más decir. Se quitó el sombrero y lo sacudió contra un muslo. Ése era un gesto muy masculino y, al darse cuenta, se sintió ridícula. Sobre todo porque tenía el bolso en la otra mano.

—Sigues enfadada conmigo, ¿verdad? —aseveró él.

Corrie consiguió mirarlo, disgustada por haberle dado una falsa impresión.

—En caso de que no te hayas dado cuenta, soy tan patosa y tímida como es posible ser. Estoy disgustada con mi propia torpeza. No me extraña que te preocupara el que tu hermano pudiera casarse conmigo —se puso el sombrero—. Y ahora que ya hemos hablado de eso, te doy las gracias por traerme el bolso y por las disculpas. Todo ha quedado claro, así que ahora entraré en casa. Adiós.

Corrie se dirigió a grandes pasos hacia la casa. Sentía un gran dolor y vergüenza y no el alivio que había esperado sentir por ser tan sincera. Deseaba que se la tragara la tierra.

La voz grave de Nick hizo que se detuviera junto a los peldaños del porche.

—Corrie, aún sigo queriendo venir a cenar.

¿Lo había oído bien?

Corrie miró por encima del hombro y vio a Nick de pie, como esperando una respuesta.

—¿Por qué ibas a querer venir?

—¿Cuántas razones necesito? Lo pasé bien anoche, lo suficiente como para repetir, y lo suficiente como para ser maleducado y volver a auto invitarme —dijo él con una amplia y *sexy* sonrisa—. Además, tú eres una mujer atractiva. ¿Tengo que añadir alguna razón más, o he dado las suficientes para explicar por qué tengo la esperanza de que me invites a cenar? Si no te apetece cocinar, estaría encantado de recogerte y llevarte a cenar a Coulter City y, quizás, ir a algún espectáculo.

Corrie estaba entre dubitativa y desconfiada. Ni siquiera lo miró al contestarle.

—Las dos próximas noches estaré ocupada. Si aun así quieres hacer planes para otra noche, puedes telefonearme.

Se apresuró hacia el porche y entró en casa, avergonzada por su habilidad para hablar y actuar como una perfecta estúpida, pero contenta de perder de vista a Nick Merrick. Estaba tan nerviosa que se volcó, como un torbellino, a los trabajos caseros hasta bien entrada la noche. Se acostó tan agotada, que cuando cayó sobre la cama su sueño fue muy profundo y, afortunadamente, sin pesadillas.

Capítulo 7

A la mañana siguiente, Corrie no pensaba ir a Coulter City, pero había llegado el pienso compuesto que había encargado para uno de los potrillos y estaba deseando comprobar si serviría para engordarlo.

Seguramente le sentaría bien salir y ver gente. Aprovecharía para comprar algunas cosas que tarde o temprano iba a necesitar.

También necesitaba poner en perspectiva lo sucedido los dos días pasados, y no podía hacerlo ella sola.

Por mucho que intentara pensar en otras cosas, no conseguía sacarse el tema de la cabeza. Y los dos días que le había dado a Nick pasarían muy deprisa.

«Si aun así quieres hacer planes para otra noche, puedes telefonearme», recordó.

¡Qué cosa más estúpida había dicho! Como si los hombres estuvieran haciendo cola para cenar con ella. Había tenido suerte de que Nick no se mofara de ella.

El sentido común que siempre había tenido, le estaba fallando y daba lugar a que su corazón deseara cosas imposibles, como aprender a estar en compañía de un hombre sin hacer el ridículo.

Había trabajado con hombres durante muchos años y no había tenido problemas. Pero nunca había cenado sola con ninguno, hasta aquella noche con Nick. Siempre había estado rodeada de otras personas. Sus amigas con sus maridos, o un grupo de vaqueros o rancheros. Cenar con Shane no contaba porque eran amigos, cosa que Nick y ella no eran.

Entró en la tienda, recogió el pienso para el potrillo y lo cargó en su camioneta. Luego condujo hasta le ferretería. Cuando salía del coche le llamó la atención el escaparate de la tienda de ropa que estaba al otro lado de la calle.

Se fijó en los maniquíes. Los vestidos y las faldas eran un poco menos elegantes que los que había comprado en San Antonio, pero seguramente estaban más a la moda y le gustaron.

No podía olvidar la sonrisa sensual de Nick cuando le dijo que era una mujer atractiva. No lo habría creído a no ser por lo que Shane también le había dicho. Después de todo, tal vez no era tan corriente como ella creía.

¿Y si Nick la llamaba? Si un milagro así sucedía y ella tenía la valentía de cenar de nuevo con él, ¿qué podría ponerse?

No sabía si entrar en la tienda y comprarse algo o no. No le gustaba malgastar el dinero en una ropa que jamás se pondría. Después de todo, Nick nunca la llamaría. Aunque le había prestado bastante atención, ella no era el tipo de mujer que a él le interesaba. Estaba segura de que lo había hecho por algo relacionado con Shane, y no por ella misma.

Oyó que llamaban a la ventanilla de su camioneta. Era Eadie Webb que la saludaba.

—Hola, Eadie. Hacía tiempo que no nos veíamos.

Eadie sonrió.

—Iba a decirte lo mismo, forastera.

—He venido a recoger unas cosas.

—Yo también —dijo Eadie y señaló hacia el escaparate de ropa —. He visto que Carla Mae ha traído algunos vestidos nuevos y pensaba entrar a ver. A lo mejor hasta me pruebo alguno.

Corrie sonrió. Eadie también era ranchera y llevaba más o menos el mismo estilo de vida que ella. Pero sí le gustaba vestirse bien de vez en cuando.

—Yo también lo estuve pensando —hizo una mueca—. Por un momento.

—¿Por qué no entras conmigo? Pruébate algo de ropa. Vive un poco. Y luego, te invito a almorzar.

Hacía tiempo que no había estado con Eadie, pero no le apetecía nada probarse ropa.

Eadie lo había adivinado.

—¡Venga, Corrie! ¡Por favor!

Eadie era una de las pocas amigas con las que Corrie se sentía completamente a gusto. No estaría mal probarse algo, aunque sólo fuera por oír su opinión. Eadie era un año mayor que Corrie y era sincera, así que tal vez podría decirle cómo se veía con ropa que no fuera la del trabajo.

Diez minutos después, Eadie había escogido un montón de prendas para que se las probaran. Corrie estaba dudosa, pero pensó que podía ser divertido. Después de todo no era obligatorio comprar nada.

No había casi nadie en los probadores, así Corrie pudo salir a mirarse sin sentirse cohibida. Eadie y ella tenían la misma talla y se intercambiaron los vestidos. Pasaron casi tres horas en la tienda y el entusiasmo de Eadie logró que Corrie se comprara algunas cosas.

Cuando salieron de la tienda y entraron en la zapatería, Corrie se sentía muy bien. La compañía de Eadie, sus comentarios y sugerencias le habían dado una tremenda inyección de ánimo y ya no se sentía como un chicarrón jugando a disfrazarse.

Cuando llegaron a almorzar ya eran las tres de la tarde.

Después de hacer su pedido, Corrie preguntó:

—¿Todavía estás trabajando a tiempo parcial para Hoyt Donovan?

—De momento —contestó Eadie haciendo una mueca.

Corrie trató de determinar si el gesto de Eadie era de preocupación o de enfado con el atractivo ranchero. Sí, Eadie trabajaba a tiempo parcial para él, pero censuraba sus costumbres hacia las chicas.

—¿Es difícil trabajar para él? —Probó Corrie con dulzura.

—No, cuando se limita a los trabajos de oficina normales. Me resulta fácil aguantar su mal humor. Y cuando no puedo, simplemente, me marcho. Lo que no me resulta tan fácil es cuando me implica en sus actividades extraordinarias. Entonces siempre me pregunto si de verdad necesito el dinero extra.

Corrie recordó que Eadie le había contado que Hoyt le pedía que mandara flores a sus amigas y que, cuando decidió separarse de una, le encargó a Eadie que escogiera una joya para la chica.

Eadie suspiró.

—Últimamente todas las joyas de despedida me las encarga a

mí.

—¿No puedes decirle que se encargue de eso él mismo?

—No. Las dos primeras veces que me lo pidió, me causó buena impresión que fuera tan considerado al romper con alguien y, al parecer, eso lo animó a seguir haciéndolo. Pero últimamente está ocurriendo demasiado a menudo y ya me molesta. Mucho. Le he hecho algunos comentarios desfavorables, para ver si se da por aludido, antes de decirle algo más fuerte. Pero no he sido capaz de hablarle con claridad. Y lleva un tiempo que está muy gruñón.

—¿Crees que te despedirá?

—No. Creo que eso no lo haría, pero está actuando de un modo muy raro, así que me han entrado dudas —permaneció callada un momento—. La verdad es, aunque suene mal, que me siento útil, que creo que me necesita. Que al margen de lo atractivas que sean sus mujeres y la cantidad de relaciones que tiene, siempre cuenta conmigo y no puede funcionar sin mí. Probablemente eso es todo lo que él… —Eadie se sonrojó, apartó la cara y no terminó la frase—. Ah, suena patético cuando lo digo. Olvídate de lo que he dicho.

—De acuerdo —dijo Corrie con dulzura, pero aunque comenzaron a hablar de otras cosas, Corrie pudo reconocer un destello de tristeza en los ojos de Eadie. Estaba claro que los sentimientos de su amiga hacia Hoyt eran profundos, y debía de resultarle muy duro que sólo se interesara por despampanantes jovencitas o chicas fáciles.

Eadie era muy bonita, pero no era espectacular como las otras mujeres con las que Hoyt salía, y tampoco era una chica fácil. Hoyt no parecía tener intenciones de tranquilizarse y casarse pronto, así que Eadie, no tenía esperanzas de que sus sentimientos secretos fueran correspondidos.

Tampoco Corrie tenía esperanzas en cuanto a Nick.

Pero tenía que ser muy duro para Eadie trabajar para Hoyt sabiendo que nunca la vería con otros ojos, y siendo la encargada de enviar flores y regalos de despedida. Por otra parte, sería muy arriesgado que él se interesara por ella, porque era seguro que le rompería el corazón, como había hecho con las otras.

Corrie no conocía a Hoyt lo suficiente para formarse una opinión. Era evidente que era un donjuán desvergonzado, pero si Eadie sentía algo por él, seguramente, tendría algunas cualidades, o

ella no trabajaría para él.

Corrie se preguntaba qué estaría dispuesta a hacer por un hombre del que estuviera enamorada. Eadie no estaba haciendo nada malo, pero, era probable que Hoyt no tendría tantas ex novias si tuviera que encargarse él mismo de los regalos de despedida.

¡Cómo si ella supiera algo de las relaciones entre las mujeres y los hombres! Todo lo que sabía era pura teoría. Quizás, Eadie podría darle algún consejo.

Pero sólo si pasaba algo más. Tal como estaban las cosas, nada más iba a suceder. No había tenido noticias de Shane desde dos días antes y tampoco esperaba tenerlas. Después de todo, seis años eran suficientes para olvidar la costumbre de pasar por su casa dos por tres. Sin duda los, dos hermanos estaban tratando de limar sus diferencias y ella no quería inmiscuirse.

Los vestidos y zapatos que estaban en la camioneta eran el resultado de la influencia de Eadie y un poco de sus propias ilusiones. Pero, al menos, podría ponérselos para ir a la iglesia. En el momento de pagarlos, se juró a sí misma que los luciría, aunque fuera sólo para ir a la iglesia.

Cuando terminaron de comer y se separaron eran casi las seis de la tarde. La ventaja de almorzar tan tarde era que por la noche no tendría apetito y no tendría que guisar nada.

Cuando llegó a casa, guardó la ropa nueva y llevó el pienso a los establos. Ya le había puesto la comida a los otros tres potrillos, y cuando se aproximó al potro flaco, éste adivinó que la ración extra era para él y se acercó a olfatear. Corrie lo acarició y le rascó las orejas mientras comía.

Oyó el ruido del motor de una camioneta que se detenía delante de la casa. Al mirar hacia allí reconoció la camioneta azul de Nick.

Se emocionó tanto que decidió quedarse donde estaba. Al ver que él se dirigía hacia el porche, le dio un vuelco el corazón.

Ella le había dicho que la podía llamar después de dos días porque iba a estar ocupada, y ésa era la segunda noche, así que no debía ni haber llamado ni haber ido. Pero allí estaba, y ella no sabía qué hacer.

Corrie lo contemplaba, disfrutando de su aspecto. Con su camisa azul y sus pantalones vaqueros de trabajo, estaba muy atractivo. De espaldas anchas y caderas estrechas, no era muy distinto de otros

hombres que trabajaban en el campo, pero ninguno de ellos la hacía sentir esa extraña sensación.

Recordaba, como si estuviera ocurriendo en ese momento, el calor de su mano y la dureza de sus músculos bajo la camisa blanca. Nunca olvidaría tan agradable sensación, ni quería olvidarla. Una oleada de calor, tan fuerte como la de aquella noche, invadía su interior, pero también le producía una tristeza inmensa.

¿Por qué estaba él allí? No quería intentar adivinarlo porque su corazón latía lleno de insensata esperanza.

Corrie observó cómo se dirigía al porche y llamaba a la puerta trasera, esperaba un poco y volvía a llamar más fuerte. Instantes después, se volvía y cruzaba el porche para bajar los escalones, mirando a su alrededor con atención. Había fijado la mirada frente a la camioneta de Corrie, parada junto al establo, así que deduciría que ella estaba allí.

Corrie se mantuvo absolutamente quieta, deseando que la cerca y el poste negro sobre el que se apoyaba disimularan su presencia. Él paseó la mirada sin detenerse en el poste, pero, tras unos instantes, posó la mirada sobre ella.

El truco infantil no había funcionado y ella se sentía algo culpable, pero no se movió. Aunque, contra todo sentido común, estaba emocionada y deseando verlo, no debía demostrarlo. Especialmente puesto que no sabía a qué había ido.

En cuanto la vio, él comenzó a caminar hacia ella y ella fingió que no se daba cuenta. Estaba muy nerviosa y sentía que una corriente eléctrica le recorría la piel.

Al detectar la presencia de Nick, el potrillo levantó el testuz del cubo de pienso y Corrie miró en esa dirección.

Al ver el aspecto descaradamente masculino de Nick y la dureza de su expresión, Corrie comenzó a temblar de emoción y de ansiedad.

Al verla, la dureza de su rostro se suavizó y Corrie se tranquilizó un poco. Él la llamó, a la vez que se acercaba a la cerca.

—Tenía la esperanza de encontrarte en casa. Ya vine antes por aquí.

Corrie trató de no darle importancia al hecho de que él hubiera ido dos veces solo para verla. Seguro que no era por ella.

—No he visto a Shane en todo el día —le dijo—. En realidad,

hace dos días que no lo veo.

—Shane ha salido esta noche con los chicos y yo he venido a verte —dijo en el tono grave que la hacía estremecer.

—¿Pasa algo malo? —Ella no se fiaba de la oscura mirada de los ojos de Nick, que parecía que la tocara a través de la cerca.

Él sonrió.

—No, nada. He tenido una idea para mañana y quería preguntarte qué te parece.

El potrillo mordisqueaba la manga de la camisa de Corrie y ella lo empujó levemente y aprovechó para pasar por debajo de la cerca con el cubo.

—Tengo que acabar unas cuantas cosas —dijo ella dirigiéndose hacia el establo—. Puedes decírmelo mientras las hago.

Nick se puso a su lado y agarró el cubo.

—Mañana voy a volar a San Antonio para comprar un semental. Pensé que podría ser una buena oportunidad para que tú y yo pasemos algo de tiempo juntos y nos conozcamos mejor. Yo sé que a ti te gustan los caballos, así que creo que, si vienes, lo pasarás bien.

Entraron al establo y Corrie lo miró.

—¿Por qué?

Él hizo un gesto.

—¿Acaso no sabes el desafío que representas?

Corrie no contestó y le quitó el cubo para colocarlo en su sitio. Luego subió por la escalera de mano hasta el pajar y arrastró un haz de heno hasta el borde. Nick se apartó para que pudiera tirarlo abajo.

Corrie agarró un segundo haz e hizo lo mismo.

Mientras, Nick los había arrastrado hasta la pared.

Corrie trataba de decidir lo que tenía que decirle, pero como no se le ocurría nada, decidió ir directa al grano.

—Mire, señor Mer…

—¡Nick! —corrigió él al instante.

—Puede que yo sea ignorante, pero sé cuál es el saldo de mi cuenta bancada, y sé lo que veo en el espejo. No soy el tipo de mujer que los hombres como tú frecuentan. ¿Por qué eres tan obstinado?

Nick agarró su sombrero como si necesitara ganar tiempo para

escoger las palabras. Sus ojos negros brillaron al mirarla.

—Tú no eres como las demás, y yo estoy en un punto de mi vida en el que lo usual no me parece ni la mitad de interesante.

Corrie lo miró fijamente, segura de que se estaba burlando de ella, pero había algo en la mirada de él que le inspiraba confianza. ¡Pero no debía confiar!

Recordó las palabras que le había dicho su padre y que la rondaban desde hacía tres días:

No dejes que ese chico Merrick te tome el pelo. Los chicos como él sólo quieren a las chicas corrientes para una cosa… No seas como tu tía y dejes que un chico rico calentón te convenza para que te dejes seducir… Tendrás que arreglártelas tú sola porque ningún hombre va a ayudarte a tener un techo sobre tu cabeza mientras pueda encontrar una chica bonita en otro lugar…

Esas palabras, junto a otras, pronunciadas de vez en cuando desde que su cuerpo empezó a madurar, eran crueles, pero ella había comprobado que eran ciertas al ver cómo actuaban los chicos con los que ella había crecido. Y Nick las había confirmado cuando le dijo que no era apropiada para Shane.

Después de la muerte de su padre, había relegado esas palabras al olvido, pero las había aceptado y eran la base de su forma de actuar y del concepto que tenía de ella misma.

¿Serían ciertas esas palabras?

La voz de Nick la instó a decir algo.

—¿Y bien?

Corrie desvió la mirada mientras respondía:

—Yo no sé que contestar a algo así.

—Qué te parece decir algo así como «sí, Nick, creo que me gustaría volar contigo mañana». A menos que no te guste volar. Entonces, podríamos ir en coche.

Ella intuyó la sonrisa en la voz de Nick y lo miró. Su rostro estaba muy atractivo y no pudo evitar que el corazón le comenzara a palpitar como el aleteo de un pájaro atrapado.

Era como si el universo se le hubiera caído encima y ella tuviera que soportar todo su peso. Las palabras de su padre volvieron a su mente, pero algo en los ojos negros de Nick hizo que dudara de su verdad.

El recuerdo del beso de Shane, en el cual no había vuelto a

pensar, hizo que dudara aún más de lo que le había dicho su padre, y que desconfiara menos de Nick.

Lo último que deseaba era hacer el ridículo, o que se burlaran de ella, pero tenía que contestar algo sobre la invitación. Por muy pueblerina que se sintiera, ésa era una oportunidad de aprender a manejarse en compañía de un hombre en una situación distinta a las que estaba habituada.

Seguramente el interés de Nick no duraría mucho, y tampoco sucedería nada más con Shane. Pero podría ser que otro hombre se interesara por ella, y estaría bien que, para entonces, hubiera aprendido algo más sobre las relaciones entre los hombres y las mujeres. O, al menos, tuviera alguna experiencia de salir con chicos.

—Sí, Nick, creo que me gustaría ir contigo mañana a ver ese semental —no lo pronunció en el tono ligero que pretendía, sino con una voz seria y cortada—. ¿A qué hora? —Eso era casi un gemido, pero Nick no lo registró.

—¿Qué tal a las ocho?

Corrie murmuró su aceptación mientras lo acompañaba hasta la camioneta, preguntándose cómo podría ausentarse del rancho sin que se le retrasara todo el trabajo que tenía pendiente.

Nunca había estado más arriba del tejado de su casa y no tenía ni idea de si le gustaría volar o no. Pero mientras pensaba en eso no se centraba en su preocupación principal: que el día siguiente acabara siendo la madre de todos los desastres personales.

Capítulo 8

Aunque nada de lo que se le ocurría hacer le parecía adecuado, hizo todo lo posible para que la visita a San Antonio con Nick no terminara en desastre. Lo primero fue llamar a Eadie.

Eadie mostró mucho entusiasmo en ayudarla y aconsejarla sobre qué ponerse. Por la mañana, apareció en casa de Corrie a las seis y media con una colección de maquillaje.

No había mucho tiempo para hacer experimentos, y como ambas estaban de acuerdo en que demasiado maquillaje era peor que no ponerse nada, Corrie acabó con un poco de sombra de ojos y un poco de rímel para realzar las pestañas y los ojos y nada de lápiz de labios.

—¿No te dije que los vaqueros y la camisa de color añil hacían tus ojos aún más azules? ¡Y menos mal que por fin te compraste el cinturón, el brazalete y los pendientes a juego!

Corrie también se alegraba de haberlos comprado. Se había puesto sus botas negras buenas, pensando que si iban a ver un semental seguramente irían a un establo.

Eadie estaba de acuerdo en que ese día no debía ponerse la ropa de trabajo de diario, pero el conjunto color añil con el cinturón, el brazalete y los pendientes hacían que pareciera más vestida, sin dejar de estar informal. Y no serían un problema en la pequeña avioneta de Nick.

Además, estaba segura de que no quería pasar horas y horas con una ropa distinta de la ropa cómoda que solía llevar. Sólo tenía que acordarse de no frotarse los ojos y de que el brazalete no se le

enganchara en ningún sitio.

También tenía que recordar que llevaba un bolso, aunque había metido la billetera en el bolsillo de atrás del pantalón, junto a una cinta por si tenía que recogerse el pelo que se había dejado suelto.

—Haces que me arrepienta de haberme cortado el pelo —le dijo Eadie arreglándole un mechón que estaba fuera de sitio, y se apartó un poco para darle un último repaso—. Estás muy guapa, Corina Jean. Ojalá yo me viera la mitad de bien cuando me arreglo.

Corrie la miró con expresión sombría.

—Tú sí que eres guapa, Edith Regina, arreglada o no. Muchas gracias por tu ayuda.

—Lo he hecho con mucho gusto, pero hazme un favor y ve a que te miren la vista la semana próxima —ambas se dirigieron hacia la puerta.

—A mis ojos no les pasa nada —alegó Corrie, pero Eadie la ignoró.

—Cómprate unas gafas. Vaya… —exclamó Eadie, volviendo a la cómoda a buscar algo—. Pon esta sombra de ojos en tu bolso y la polvera. Si te frotas los ojos vas a necesitar algo mejor que el retrovisor de la camioneta. Y hablando de camionetas, será mejor que me vaya antes de que llegue Nick.

Salieron del dormitorio y bajaron a la cocina. Eadie fue hacia la puerta trasera y la abrió.

—Si no he tenido noticias tuyas antes de las cinco, vendré a hacer tus quehaceres.

—Probablemente llegaré mucho antes, pero gracias por eso también. Te debo algunos favores muy grandes.

Eadie sonrió.

—Ha sido un placer. Pásatelo bien.

—Lo intentaré.

A los diez minutos de marcharse Eadie, Corrie oyó que llegaba la camioneta de Nick. Corrie lo espió desde una de las ventanas delanteras.

Nick salió de la camioneta y ella vio que llevaba una camisa vaquera azul con corbata y pantalones vaqueros oscuros. Ambos iban de azul.

Corrie agarró su sombrero Stetson y lo puso junto al bolso sobre la mesa del recibidor. Estaba tan nerviosa que le temblaban las

manos y tuvo que hacer un esfuerzo para ir hacia la puerta.

Abrió la puerta justo en el momento en que Nick iba a llamar, y se sonrojó al ver su cara de sorpresa. Él se quitó el sombrero.

Corrie se percató de que la cara de sorpresa de Nick se había convertido en una mirada de interés masculino. La estudió de arriba abajo y luego fijó su mirada en los ojos de ella.

—Tus ojos parecen tan azules y profundos como un lago de montaña bajo un cielo claro. Estás preciosa.

El corazón de Corrie dio un vuelco de sorpresa, de placer y… ¡de desconfianza! No podía mirarlo a los ojos, pero, de repente soltó una risita que la hizo ponerse al rojo vivo.

—¿Qué? ¿Lo que dije sonaba a tontería? —preguntó él sonriendo.

—Oh… no —intentó no parecer tímida—. Sólo que… me pareció un poco extravagante refiriéndose a mí.

—¿Nadie te ha dicho eso antes? —El tono de Nick era de incredulidad y ella se entristeció.

—Creo que ya sé dónde aprendió tu hermano a ser un adulador.

—La verdad nunca debe confundirse con la adulación.

Ella lo miró de reojo y apartó la vista.

—No es necesario que lo hagas.

—¿Hacer el qué? ¿Piropearte? —No le dio tiempo a contestar—. ¿Estás lista para irnos?

Corrie se sintió aliviada de que cambiara de tema.

—Sí —se volvió para agarrar su sombrero Stetson y el bolso, y salió. Nick cerró la puerta y la agarró del brazo para guiarla hasta la camioneta. La corriente eléctrica que le produjo el contacto con sus dedos acerados a través del algodón de la blusa, la hizo sentir una oleada de calor por todo el cuerpo. Era una sensación que había comenzado en lo más hondo de su ser y que le quitaba la respiración.

¿Acaso había estado a punto de estropearlo todo en la puerta? Un hombre la invitaba a pasar el día con él y, aunque sabía que no era hermosa, gracias a Eadie, tenía el mejor aspecto de toda su vida. Era una oportunidad que una semana antes no se habría imaginado y, desde luego, no iba a estropearla.

Ya era hora de ser una mujer hecha y derecha y no una adolescente en un cuerpo de mujer adulta. Por lo que ella podía

discernir, Nick Merrick no tenía intención de causarle daño ni de faltarle al respeto. Y él era un hombre de mundo, así que sabía que no podía esperar que ella actuara como las mujeres sofisticadas que solía frecuentar.

El hecho de que la hubiera invitado a lo que era un viaje de negocios, sugería que tenía más confianza en ella que ella misma, y que no temía que lo pusiera en ridículo.

Nick abrió la puerta de la camioneta y la ayudó a subir agarrándola del codo. Ella se sentó y se abrochó el cinturón de seguridad. Él cerró la puerta, subió por el otro lado y arrancó el motor.

—Gracias por venir conmigo, Corrie.

—Gracias por invitarme —dijo ella en un tono muy suave que hizo que a Nick le brillaran los ojos.

Cuando llegaron al Rancho Merrick, fueron directamente a la pista de aterrizaje.

Estaban a punto de volar y Corrie estaba nerviosa, y preocupada por no mostrar su nerviosismo. Nick parecía competente y confiado, y eso la tranquilizaba. Cuando ya estaban en el aire, él dijo:

—Vamos a sobrevolar tu finca para que le eches un vistazo e hizo que la avioneta se inclinara para que ella pudiera mirar.

Corrie sintió una sacudida en el estómago como si fuera a marearse, pero hizo un esfuerzo por mirar hacia abajo. Localizó la carretera y se fijó en varios puntos para localizar la cerca.

Por fortuna Nick le señaló algunas cosas para orientarla, porque desde el aire todo se veía diferente. Pronto localizó su casa, los establos y los corrales. Desde luego, desde el aire, su finca se veía muy pequeña comparada a la de los Merrick.

Después de sobrevolar los límites de la finca Davis, Nick puso rumbo a San Antonio y Corrie comenzó a adaptarse al movimiento de la avioneta.

Aterrizaron en una pequeña pista pública cercana a San Antonio y Corrie se alegró de tocar tierra firme. Nick había disfrutado de ver su asombro durante el vuelo y se rió de la expresión de alivio que ella puso al bajar.

—Hubo un poco más de baches que de costumbre, así que no dejes que este primer vuelo te intimide. El viaje de vuelta puede que sea más suave.

Corrie forzó una sonrisa.

—Mi alivio no tiene nada que ver con tu habilidad como piloto —le dijo—. Y me gustaron mucho las vistas.

—Date tiempo —dijo él.

Corrie dudaba que después del viaje de regreso hubiera otra ocasión.

Nick bajó primero y se volvió para darle la mano y ayudarla a bajar. Corrie se desenvolvió bien hasta tocar el suelo, pero cuando él le soltó la mano se tambaleó y tuvo que agarrarse al brazo de Nick.

Al ver que se tambaleaba, él le agarró la mano libre y quedaron cara a cara.

—Perdóname, creo que puse mal un pie.

Corrie se soltó del brazo e intentó dar un paso atrás, pero Nick la agarró por la cintura para que se quedara donde estaba. Ella lo miró sorprendida.

Su rostro parecía duro como el granito, y estaba tan quieto que Corrie se habría alarmado de no ser por la expresión intensa de sus ojos que la hizo estremecer.

Era como entrar en contacto con un cable eléctrico y Corrie sintió una oleada de calor que estremecía su interior. Los dedos que apretaban su cintura eran duros, pero suaves, y comunicaban una fuerza masculina y dominante que hizo que toda su feminidad se rindiera. La voz de Nick tenía un tono ronco.

—Supongo que tendremos que enfrentarnos a esto en algún momento.

«Enfrentarnos a esto». Por muy ingenua que fuera, Corrie entendía lo que él estaba diciendo, y sintió que el corazón le palpitaba de temor y de ansiedad. Consiguió retroceder y no supo si estaba aliviada o decepcionada cuando él la soltó de inmediato.

Desde allí fueron hacia el hangar y Corrie aprovechó para refrescarse en el tocador. Mientras tanto, Nick se estaba haciendo cargo de un cadillac que había reservado.

Tardaron diez minutos en llegar al rancho y cinco más en encontrar los establos. Cuando Nick detuvo el coche, el propietario salió a saludarlos.

—Merrick, me alegro de que hayas venido —dijo, quitándose el sombrero—. Y ¿quién es esta linda señorita?

Nick hizo las presentaciones.

—Señorita Corrie, éste es Colby Blake. Colby, ésta es la señorita Corrie Davis.

—Encantado, señorita Corrie. Bienvenida a Slash B. Es un placer que haya venido con Nick. Un verdadero placer.

—Gracias —murmuró Corrie, sonriendo y estrechándole la mano.

En lugar de ir andando hasta el establo de los sementales, Colby los llevó en una enorme camioneta. Corrie se sentó entre los dos hombres y mantuvo silencio mientras ellos hablaban sobre la cría de caballos. Colby los llevó dando un rodeo para enseñarles los corrales y los pastos donde mantenía otros caballos y, a menudo, les señalaba alguno en especial.

Corrie no podía concentrarse en ninguno de ellos. El brazo de Nick reposaba sobre el respaldo detrás de ella, lo suficientemente cerca como para que ella sintiera el calor de su cuerpo y se relajara ante el placer de su cercanía. Estaba a punto de derretirse. Se preguntaba si iba a sentir lo mismo con cualquier otro hombre que la atrajera, o tenía que ver con el hecho de que había estado encaprichada de Nick durante tanto tiempo.

Seguramente su reacción se acrecentaba debido a la inexperiencia, y al atractivo de los hombres inalcanzables. Posiblemente la razón de que su corazón se obsesionara con Nick era porque le recordaba a su padre en su distancia emocional hacia ella. Aunque esperaba un desenlace más favorable, estaba claro que estaba abocada al desengaño.

Corrie intentó con todas sus fuerzas ignorar las sensaciones que le recorrían el cuerpo y fijarse en los hermosos caballos que veían en los corrales.

Cuando llegaron a los establos, Nick la ayudó a bajar de la camioneta y le rodeó la cintura con un brazo durante el corto trayecto hasta el portón.

Una vez dentro del establo, cuando Corrie se acostumbró a la tenue luz interior, pudo ver en una de las cuadras al semental. Era un hermoso alazán, rojizo y reluciente, que evidenciaba su estirpe.

Aunque se comportó bien cuando un mozo de cuadra le colocó un ronzal y lo llevó a un picadero, se puso brioso.

El animal parecía tener buen carácter, pero Corrie sabía que los

sementales eran impredecibles y por eso nunca había querido tener uno. Como siempre estaba sola, no quería tener que dedicarse a ejercitar y cuidar a un semental impredecible, y prefería pagar por cubrir a sus yeguas.

Nick tenía mucha gente que trabajaba para él y mucho dinero como para permitirle comprar un animal que requería muchos cuidados. Por otra parte, el semental tenía el aspecto de valer todo lo que pedían por él. Los Merrick siempre habían criado unos caballos magníficos y ése encajaba perfectamente en su programa de cría.

Aunque Corrie criaba buenos caballos, se concentraba más en su capacidad de trabajo que en su pedigrí o su vistosidad, así que habría preferido ver al semental debajo de una silla de montar.

Pero era un gran placer ver al musculoso animal responder a las señales y las órdenes, mientras Nick y Colby hablaban de sus cualidades.

Una voz femenina interrumpió a Colby. Corrie se volvió y vio a una mujer rubia y alta que se dirigía hacia ellos.

Caminaba como si fuera la dueña del mundo, y sus ojos azules se clavaron en Nick, ignorando a Corrie por completo.

—Hola, Nick. Papá me dijo que vendrías hoy.

Fue directa a Nick, y Corrie se hizo a un lado mientras la mujer lo agarraba del brazo y lo invitaba a inclinarse para darle un beso. Pero en lugar de un beso amistoso en la mejilla, su beso fue directamente a los labios de Nick, de una manera tan natural que mostraba que no era la primera vez que se besaban.

Capítulo 9

El que Corrie pensara así se debía a que ninguno de los dos demostraba ni el más leve indicio de timidez o vacilación. Y porque el beso se prolongó mucho. Muchísimo. Corrie se sorprendió de lo mucho que la había disgustado verlos besarse.

¿Eran celos? Nunca había sentido nada parecido. Siempre había estado al borde de muchas cosas en la vida que le habrían gustado y que nunca tendría, pero nunca la habían afectado tanto.

Una cosa era saber que ella no era de la misma clase de Nick y que esa mujer sí que lo era, y otra, que se lo demostraran de forma tan evidente y tan de cerca. Aunque la mujer llevaba una blusa amarilla muy corriente, sus vaqueros eran de marca cara y su porte daba la impresión de una modelo que se había vestido informalmente para la ocasión.

Su pelo liso y dorado le caía como seda brillante sobre los hombros y tenía la piel perfecta. Sus manos eran elegantes y delicadas, y con una manicura que no sobreviviría a un minuto de trabajo al aire libre.

Aunque el beso, en verdad, duró sólo unos segundos, a Corrie le pareció una eternidad y se sintió aliviada cuando Nick se enderezó para terminarlo. Corrie tuvo cuidado de aparentar que estaba mirando al semental y no al beso. Por fortuna, Colby estaba detrás de ella y no podía verle la cara.

—¿Y quién es ésta? —preguntó la rubia mirando de soslayo a Corrie, mientras le limpiaba a Nick un poco de carmín que le había quedado en los labios—. ¿Una de tus empleadas?

Corrie sintió el aguijón, pero sonrió con calma. O, al menos esperaba que así lo pareciera. La rubia había visto que Nick tenía una mano sobre la cintura de Corrie, así que la pregunta era claramente una puya.

Pero Corrie había experimentado otras veces ese tipo de problemas en situaciones de trabajo o de negocios. Algunos hombres tenían problemas al ver que una joven ranchera hacía trabajos que se consideraban masculinos. El principio a seguir era el mismo: ignorar al engreído y hacerse valer con educación.

Colby iba a presentarlas, pero Corrie dio un paso al frente y alargó la mano para saludar. El gesto tomó por sorpresa a la rubia que, por reflejo, se la estrechó sin pensarlo.

—No, sólo soy una vecina —dijo Corrie, con una sonrisa, al estrechar la mano de la rubia—. Corrie Davis. Y ¿quién eres tú?

—Serena Blake —contestó la rubia, zafando la mano y volviéndose hacia Nick.

Corrie no había tenido tiempo ni de murmurar que estaba encantada de conocerla. De todos modos, habría sido mentira. El sentimiento era mutuo, pero a Corrie le pareció injusto, puesto que ella no representaba una amenaza para la seductora rubia.

Colby sugirió que antes de volver a la camioneta se acercaran a otro establo a ver un par de yeguas que podrían interesarle a Nick. Corrie se sentó en el asiento de atrás junto a Serena, que se inclinó hacia delante sobre el respaldo del asiento delantero entre su padre y Nick, y se pasó todo el trayecto diciendo que Nick estaba comprando a su «bebé» y que iba a echar muchísimo de menos al animal.

Por supuesto, eso iba añadido a su intento de camelar a Nick para que la invitara al Rancho Merrick. Fue algo que irritó a Corrie sobremanera, ya que a ella nunca se le habría ocurrido invitarse tan directamente. A Nick no le quedó más alternativa que hacerle una invitación que sonaba sincera y, hasta probablemente, lo era. Después de todo, ése no era su primer encuentro con Serena Blake.

Las mujeres tan bellas y consentidas como Serena, podían coquetear y camelar a cualquier hombre para conseguir que hicieran cualquier cosa que ellas desearan. Era tan viva, tan glamorosa, y tan femenina, que Corrie no podía imaginar que ningún hombre se le resistiera. Pero si Nick se dejaba manejar por

una mujer tan presuntuosa y tan manipuladora, Corrie se sentiría muy decepcionada.

Cuando llegaron a la casa, Corrie sacó su bolso de la camioneta y entró con los demás a la enorme mansión para almorzar. Colby le ofreció el brazo y entraron al comedor delante de Serena y Nick.

El comedor era muy grande y estaba decorado con un estilo sureño muy refinado, demasiado profesional para resultar cómodo. Corrie no se quedó tan impresionada por esa casa como por la de Nick. Colby era muy agradable y nada presuntuoso, a pesar de su estupenda casa y su riqueza. Parecía extraño que Serena fuera tan diferente.

Colby y Serena se sentaron en las cabeceras opuestas y Corrie y Nick quedaron uno frente al otro en el centro de la mesa. Sus miradas se cruzaron y los ojos de Nick brillaron con una luz especial que alegró a Corrie, como si estuvieran compartiendo un secreto divertido.

Como si le dijera: «Aguanta un poquito más». Parecía darse cuenta de que a ella no le había gustado Serena y no le importaba. De todos modos, Corrie hizo todo lo posible por comportarse muy educadamente con su anfitrión y con su hija.

Colby era un gran hablador que no toleraba que los demás no participaran e hizo grandes esfuerzos para hacer hablar a Corrie. Parecía estar interesado en preguntarle todo tipo de cosas.

A mitad del almuerzo, Corrie decidió preguntarle a Colby, algo que la preocupaba y que estaba segura de que alguien, con tan larga experiencia en la cría de caballos, sabría contestar. Así conseguiría, al menos, terminarse su comida al mantenerlo hablando un buen rato.

—¿Alguna vez has tenido problemas para que un caballo, sano por lo demás, mantuviera su peso?

Colby le contestó gustosamente, diciéndole lo que había hecho para solucionarlo. Eso le dio tiempo a Corrie para llegar al postre. Para entonces, Serena había tomado el turno y hablaba sobre todo de ella misma y de Nick.

Serían las dos de la tarde cuando Serena y Colby los acompañaron hasta la camioneta. Colby invitó a Corrie a visitar el Rancho Slash B cuando quisiera. Mientras, Serena mantenía una conversación en voz baja con Nick por el lado del conductor,

conversación que Corrie ignoró mientras agradecía su hospitalidad a Colby.

Cuando por fin se habían marchado, Corrie se relajó. Lo había hecho bastante bien y el reto de estar a solas con Nick no le había parecido tan duro como el tratar con Serena y con su amistoso y hablador progenitor.

—Le has encantado a Colby —comentó Nick, con una sonrisa amable—. Y la invitación que te hizo de visitar el rancho cuando quisieras, la hizo en serio.

—Así que lo oíste —dijo ella complacida de que hubiera estado escuchando a pesar de los esfuerzos de Serena por acapararlo—. Fue muy galante.

—Le gustaste. Y te pido disculpas por el beso —se puso serio—. Ha habido una historia, pero sin futuro.

Corrie se sintió fulminada, pero disimuló.

—No es asunto mío.

Nick la miró.

—¿Eso crees?

Corrie se sonrojó ante el pequeño desafío que insinuaba tantas cosas, pero Nick no la vio porque se puso a mirar la carretera. Tampoco insistió en obtener respuesta, lo cual Corrie agradeció. ¿Qué podía haberle contestado? El futuro o falta de futuro de Nick con Serena Blake no eran de su incumbencia, a menos que algo maravilloso sucediera por parte de él. Y, desde luego, no iba a hacerse ilusiones con lo que parecía que él había insinuado.

Poco a poco se fue notando una tensión entre ellos que se acrecentaba por minutos. En el trayecto de regreso, en el avión, en la camioneta, cada mirada, cada roce, cada sonrisa, todo parecía significar algo que antes no existía.

Cuando por fin llegaron al camino que conducía al Rancho Davis, la conversación agradable del principio había ido dando paso al silencio y ya no tenían intercambios verbales ingeniosos.

Nick había dicho que el viaje podía servir para que se conocieran mejor, pero ella se preguntaba hasta qué punto le habían gustado las cosas que había averiguado de ella. Ella ya no era tan reservada con él, pero la verdad era que Nick tenía a su alcance otras muchas posibilidades de salir con mujeres que encajaran en su vida mejor que ella.

Por fin se veía su casa, y Corrie se puso impaciente por llegar y cambiarse para ponerse a sus tareas. Cualquier cosa con tal de volver a la normalidad, a las cosas en las que se sentía cómoda, sin tener que preocuparse de si tenía mucha personalidad, o si la encontraban atractiva.

Su mente iba repasando cuántas cosas podría hacer esa noche para que el trabajo no se le atrasara demasiado. Y cuánto más esfuerzo le exigieran, mejor, con tal de dejar a un lado lo antes posible, sus falsas ilusiones. Pero no podría olvidar ese día. En cuanto Nick detuvo la camioneta, Corrie sonrió, se desabrochó el cinturón y recogió sus cosas.

—Muchas gracias por llevarme contigo hoy. Fue muy interesante y lo pasé muy bien. Pero no querría entretenerte más —sintió que la sonrisa se le borraba al notar la mirada intensa de Nick—. Aún tengo que hacer unas cuantas cosas —se fue poniendo nerviosa al notar que él la miraba de manera más penetrante. Se sentía culpable por ser tan poco amable—. Pero si quieres entrar un rato, te puedo preparar un té helado. O un café —lo miró—. No tardaría ni un minuto.

—Déjame que te ayude con tus quehaceres y luego podemos ir a cenar fuera.

Su tono era tranquilo y ella se estremeció.

Ella negó con la cabeza.

—Ya me has aguantado lo suficiente para un día. Y no puedo dejar que hagas nada más. Por otra parte, no estás vestido para trabajar.

Nick se rió y Corrie sintió que el corazón se le salía del pecho.

—¿Tienes miedo de que me quede por aquí y te lleve a cenar? —Bajó el tono de voz—. ¿O sólo es que te has puesto tímida porque sabes que voy a besarte?

Corrie apartó la mirada y se estremeció. Estaba aterrorizada. Vio que él soltaba el cinturón de seguridad y que se inclinaba hacia ella, sujetándole la mano con suavidad para que no se marchara. Se quitó el Stetson, lo dejó caer al suelo y la atrajo hacia sí.

Corrie sintió una mezcla de emoción y de temor y estuvo a punto de apartar la cara, pero el suave y cálido contacto hizo que se quedara paralizada y cerrara los ojos. La sensación de los labios de Nick sobre los suyos le produjo una explosión de placer que sintió

en lo más profundo de su interior.

Corrie se sintió tan perdida que no sabía si cerrar la boca o mantenerla abierta. En lugar de la vergüenza que había sentido con el beso de Shane, la invadía un torbellino de calor que la abrasaba.

Sin darse cuenta, soltó el sombrero y el bolso y alzó una mano para acariciar la mejilla de Nick y él la estrechó con más fuerza entre sus potentes brazos y su beso fue volviéndose cada vez más exigente.

Era la sensación más maravillosa que ella había sentido en toda su vida y, de repente, quiso acapararlo todo, exigiendo cada vez más. Pero su cuerpo estaba extrañamente débil. Si hubiera tenido sentido común, se habría sentido avergonzada por la manera en que se aferraba a él y por lo pronto que había aprendido lo que la lengua y los labios de Nick le estaban enseñando.

La prudencia de toda su vida se había hecho añicos y no había manera de recuperarla. Ni tampoco quería.

Lo que sí quería era más y más. Como si hubiera estado esperando toda la vida ese tipo de caricias, esa sensación de contacto que nunca se había imaginado.

En esos momentos de pasión pertenecía toda y por completo a Nick, y le parecía que esa pertenencia era algo bueno, y que el beso amplificaba el vínculo que se había formado entre ellos.

Cuando Corrie creía que no sobreviviría a tanto placer, el ardor del beso fue amainando. Los besos tranquilos que siguieron, fueron aún más placenteros.

Por fin dejaron de besarse y ella intentó recuperar el aliento. Se quedó atónita al darse cuenta de lo que había pasado. Pero se sentía segura y cómoda con Nick, como si el muro que había entre ellos se hubiera roto y nunca, nunca más pudiera resurgir.

¡Qué fuertes y cálidos eran sus brazos! ¡Y su pecho! No quería tener que apartarse nunca de allí.

—¿Vas a dejar que me quede y te ayude con tus tareas? —preguntó él, alborotándole el cabello y dándole un beso en la sien.

Él hacía que Corrie se sintiera querida y se emocionara.

—Sí —susurró ella, casi por reflejo y comenzó a preocuparse. Si dejaba que él se fuera a su casa, eso tan maravilloso que había surgido entre ellos podía evaporarse como un espejismo.

—Sigo queriendo invitarte a cenar después.

—De acuerdo —su voz era casi imperceptible.

—¿Algo va mal?

Ella sonrió temblorosa y con candidez:

—No… De verdad no puedo pensar en nada que esté mal.

—Yo tampoco —dijo él y sonrió—. Sólo que quiero un poco más de lo de antes. Pero más tarde, cuando hayamos terminado con las tareas.

Corrie sonrió de nuevo y desvió la mirada. Era difícil hacerlo, pero más difícil todavía era recuperar el control de su loco corazón, que estaba flotando en las nubes, lleno de felicidad y de esperanza.

Y amor. Era el sentimiento de amor más poderoso que jamás había sentido y era para Nick. Todo para Nick. Su mente no quería reconocer el peligro porque los sentimientos eran demasiado intensos y maravillosos para resistirse.

Entraron en la casa y después de preparar el café, Corrie subió a cambiarse y trenzarse el pelo. Volvió a bajar corriendo, dándose cuenta de la locura que era estar tan ansiosa por ver de nuevo a Nick, pero tan inmersa en el asombro y la magia de lo que estaba pasando, que no podía exponerse a perder ni un segundo de estar con él.

Capítulo 10

Corrie se sentía como si flotara. Apenas recordaba el orden normal de sus rutinas, y tuvo que repasarlas para ver si lo habían hecho todo.

Como Nick no quería que se preocupara por vestirse, fueron al Dairy Queen por hamburguesas. Lo único que Nick le pidió antes de salir fue que lo dejara que le soltara la trenza.

—Tus cabellos son tan suaves como la seda —le dijo mientras le acariciaba el pelo. Luego se lo cepilló y ella sintió que se derretía.

Fue una experiencia muy placentera. Nick la estrechó entre sus brazos para besarla y Corrie sintió la misma magia que la vez anterior. No podía resistirse y no le preocupaba lo más mínimo el peligro de estar tan cautivada por él.

Estar con Nick le parecía tan maravilloso que apenas si le importó lo que comieron en el restaurante.

Durante el regreso a casa, tuvo que enfrentarse al dolor de pensar que pronto acabaría todo. Amaba tanto a Nick que su corazón no quería imaginarlo. Aquello era mucho más que un enamoramiento y había sucedido demasiado deprisa.

Haciendo un gran esfuerzo, logró convencerse a sí misma de que, cuando llegara el final del día, lo aceptaría, aunque deseara que siguiera eternamente. Estaba segura de que no habría ningún día más como ése con Nick, y no quería amargarse deseando algo que no iba a suceder.

Nick condujo hacia la parte trasera de la casa y entró con Corrie a la cocina. Ella había dejado el café sobrante en un termo.

—Aún tenemos café.

—Gracias. No me apetece —dijo agarrándola de un brazo y atrayéndola hacia su pecho—. Me estaba preguntando si querrías ir a bailar mañana por la noche.

Corrie había disfrutado mucho de ese abrazo que le parecía tan natural.

—Nunca he bailado —dijo sin problemas por reconocer algo así ante Nick. Después de todo él le había mostrado su aceptación y su respeto.

Él le sonrió.

—Muy bien. Así tendré el placer de enseñarte. Vendré pronto para mostrarte algunos pasos, pero el que más me interesa es tan simple que no necesitarás ninguna lección.

Se inclinó hacia Corrie y la besó de nuevo y, como otras veces, el cuerpo de ella respondió de inmediato. A pesar de su decisión de no lamentarse cuando el maravilloso día se terminara, se sintió muy desdichada cuando Nick terminó el beso y se despidió.

Cuando Nick se marchó, ella dio una vuelta por la cocina. El aroma de la presencia de Nick seguía allí, y el lugar parecía mucho más acogedor. Ella también se sentía menos solitaria y menos separada de las cosas que otras mujeres de su edad consideraban normales. Al menos por una vez, un hombre había querido estar con ella. La belleza, la posición social y el dinero no parecían importantes para Nick, puesto que ella no los tenía. Que aun así, un hombre como Nick se sintiera atraído por ella era lo que más la afectaba.

Era una sensación muy nueva y halagadora pensar que le gustaba a Nick de la forma en que parecía que le gustaba. Era como un milagro y se preguntaba cómo había podido sobrevivir como adulto tanto tiempo sin saber lo que era que un hombre deseara a una mujer.

Corrie se sentía plenamente mujer, y muy femenina. También había tenido la sensación de poder, al notar que el cuerpo de Nick temblaba cada vez más mientras la besaba. Era como si él no pudiera controlar la reacción que ella le producía a su cuerpo. Sin embargo, también se había dado cuenta de que intentaba controlarse pero no podía.

¡Y quería llevarla a bailar la noche siguiente!

Sólo de pensarlo le daban ganas de bailar y necesitó gran fuerza de voluntad para realizar algunos quehaceres pendientes. Después de ducharse no pudo evitar repasar su vestuario para decidir lo que se pondría a la noche siguiente.

Acababa de decidirlo cuando oyó el ruido de un vehículo, y fue hacia el vestíbulo para mirar por la ventana.

Al ver que era Shane corrió a vestirse de nuevo con unos vaqueros y una camiseta. Bajó a abrir al tiempo que Shane subía los escalones del porche.

—Hola, forastero —dijo sonriendo y abriéndole la puerta—. No te he visto desde hace un par de días.

Shane entró y le sonrió con una sonrisa forzada. Sus ojos azules la miraron fijamente y se quitó el sombrero.

—Siento mucho no haber vuelto antes a verte.

Corrie se extrañó de lo lejano que parecía.

—Todavía me queda café en el termo. Te sirvo una taza y podemos ir a sentarnos en la sala.

—No, pero gracias. He venido a verte porque averigüé quién era el hombre que te puso furiosa la otra noche. Quería darle suficiente tiempo para que se disculpara, pero ahora me parece que le di demasiado tiempo.

Corrie sintió que se ponía colorada.

—Así que Nick te lo dijo.

—Sí, y para que lo sepas, estaba verdaderamente arrepentido —su mirada sombría se mitigó un poco—. Así que hoy te llevó a San Antonio, ¿verdad?

Corrie se fijó en cómo hacía rodar el sombrero entre las manos.

—¿No lo apruebas?

—Claro que sí.

—¿Pero?

Shane sonrió levemente.

—Pero… no te vuelvas loca demasiado deprisa. Eso es todo.

Corrie se quedó mirando fijamente a Shane. Lo había dicho de forma muy vaga, pero habían sido amigos durante mucho tiempo. Demasiado tiempo para no entender lo que le estaba insinuando.

No estaba enfadada con Shane, pero estaba dolida. No porque su amigo temiera que a ella se le fuera a romper el corazón, sino porque sabía que tenía razón. Ella no tenía ni la menor oportunidad

de tener a Nick por mucho tiempo. Era duro recordarlo cuando todo lo que había sentido era tan maravilloso, tan bueno.

Quería seguir pensando que era bueno. Disfrutar de algunos días para recuperar el tiempo que había perdido y soñar un poco. Quizás fuera bueno que Shane hubiera aparecido, antes de que las cosas llegaran a más. Todo parecía ir demasiado deprisa y quizás fuera bueno volver a la realidad.

—Te agradezco mucho que seas suficientemente amigo para advertirme de eso —comenzó a decir.

Shane fue hacia ella y le tomó la mano con dulzura. Corrie lo miró a los ojos.

—Pero la verdad es que tú crees que tu hermano y yo no hacemos buena pareja, que yo no soy el tipo de mujer que tiene muchas posibilidades con él. Nunca lo dirías así, pero estás tratando de advertirme antes de que haga el ridículo y me lastime.

Lo irónico era que Shane le estaba haciendo la misma advertencia que Nick le había hecho años atrás.

La expresión del rostro de Shane se hizo más sombría.

—Tú nunca harías el ridículo, Corrie —dijo y arrojó el sombrero sobre la mesa para agarrarle la otra mano—. Y mi hermano no podría encontrar una mujer mejor que tú.

Corrie le sonrió.

—Eh, señor Campeón del Mundo de Rodeo —dijo en tono de broma mientras le apretaba las manos—. ¿Nunca has tonteado con una mujer con la que sabías que no ibas a casarte? ¿Crees acaso que eres la única persona que ha tenido un amorío sin mencionar o pensar para nada en el matrimonio? ¿Algo que sabías que no podía durar una semana, pero que parecía demasiado bueno para dejarlo pasar?

—Eh, cariño… —murmuró, la estrechó contra su pecho y la besó en la frente.

Corrie cerró los ojos y se acurrucó contra él. Debería haber sabido que su discurso no iba a tener éxito.

—Shane, no te preocupes por mí. Ya es hora de que crezca y no me quede atrás. ¿Sabes? Esto no es una tragedia.

Shane la apretó aún más y ella quería gritar. Necesitaba quitarle importancia a todo y puso un tono ligero en su voz, a juego con la sonrisa que había fingido.

—Y tu hermano besa muy bien. He aprendido un par de cosas que impresionarán al próximo hombre que se cruce en mi vida.

Se apartó un poco para mirarlo. El rostro de Shane parecía de piedra.

—Y tú tampoco lo haces nada mal, pero eso ya lo sabías.

—Besa muy bien, ¿eh? —Gruñó—. Estoy asustado por la forma que tienes de hablar, pero he entendido el mensaje. Ojalá no lo entendiera, pero lo entiendo. Ahora me iré a casa, pero estaré por ahí, disponible para cuando me necesites o quieras hablar conmigo —la besó en la mejilla y se quedó mirándola—. ¿Lo tienes claro?

Corrie quiso sonreír más, pero estaba exhausta.

—Lo tengo claro. Gracias. Y gracias por no decirme la poca clase que tengo por besarte la otra noche y empezar ahora con tu hermano. No pensaba que aquel beso quisiera decirme algo en serio. No me lo querías decir, ¿verdad?

—Ja —gruñó él y la miró fingiendo un gran enojo—. Me has engañado, mujer. Has jugado con mi afecto masculino y luego me has dejado por un hombre mayor y más rico —la soltó y agarró su sombrero—. Nunca he visto cosa igual —añadió guiñándole un ojo —. Eres una Jezabel en vaqueros, Corrie Davis. Debería darte vergüenza.

Corrie se rió, aliviada.

—Será mejor que te vayas a casa. Necesito dormir un poco.

Shane sonrió y le alzó la barbilla cariñosamente.

—Que duermas bien. Nena. Lou sabrá decirte dónde estoy si quieres llamarme. Pero no me hagas esperar mucho tiempo tu llamada o pensaré que ya no me quieres.

—Siempre te querré, y tú lo sabes —decía la verdad y se le hizo un nudo en la garganta.

—Y yo a ti. Buenas noches.

—Buenas noches.

Cuando Shane se marchó, Corrie apagó las luces y subió a su dormitorio. Se desvistió y se acostó, pero permaneció a oscuras largo tiempo pensando y tratando de ver las cosas con más perspectiva para evitar el inevitable desengaño.

Pero no podía borrarlo todo de un plumazo. Era algo difícil de hacer y en ese momento, no estaba dispuesta a hacerlo.

Al mediodía del día siguiente, Nick fue a verla. Le habían

llevado el semental a media mañana y había pasado hasta la hora del almuerzo acomodándolo.

Nick no había visto a Shane desde la hora del desayuno, cuando Shane se había mostrado serio y malhumorado. En el comedor, a la hora del almuerzo, el humor de Shane no había mejorado. Nick esperaba a terminar de comer para averiguar la razón del mal humor de su hermano.

Se sentía demasiado bien para dejar que nada le estropeara el día, y la razón era Corrie. El semental había sido un buen entretenimiento, pero no había podido sacarse a Corrie de la cabeza. Ni tampoco lo quería hacer. Había disfrutado de verdad de estar con ella.

Había disfrutado tanto que la noche anterior no quería marcharse. Si ella hubiera sido como otras de las mujeres que frecuentaba, no se habría ido tan pronto. Pero gracias a la inocencia y la inexperiencia de Corrie, el adiós había sido tan casto. Ella era del tipo de mujer que no se acostaría con un hombre sin estar casada. Así que no tenía sentido exponerla a esa posibilidad.

Él aceptaba esa actitud y la respetaba. Había llegado a estar de acuerdo con las actitudes tradicionales sobre el sexo y la intimidad. Por muy bueno que fuera el sexo, siempre acababa de la misma manera: satisfaciéndolo en el aspecto físico, pero dejándole una sensación de vacío. Mirando hacia atrás, Nick no estaba seguro de haber encontrado satisfacción emocional en el sexo.

Ternura, quizás, pero poco más. Nada que valiera la pena comprometerse.

A través de amigos que habían encontrado una buena mujer, había llegado a entender que había una gran diferencia entre el ansia biológica y el tipo de satisfacción emocional y sexual que el matrimonio ofrecía. Encontrar una relación así y poder mantenerla toda la vida era todo un reto. El había dedicado su vida a los intereses de los Merrick, se había enfrentado a las dificultades y recibido las gratificaciones, y disfrutaba del desafío de que siguieran funcionando.

El matrimonio debía de ser algo parecido. Más aún, puesto que eran dos personas las que se tenían que amoldar. Así que le gustaba la idea de una relación para toda la vida con una esposa.

¿Había llegado el momento de casarse? Nunca había sentido la

tentación de hacerlo, pero, de repente, no podía pensar en otra cosa. Y se daba cuenta de que se debía a que estaba pensando en Corrie Davis y que no podía dejar de pensar en ella.

A pesar de su independencia, Corrie sabía el significado de una familia, del sacrificio y del compromiso, como ninguna otra mujer que él conocía. Ella se había sacrificado mucho, comprometida al cuidado de un padre que no lo había merecido. Nick daba por sentado que su dedicación sería aun mayor hacia un marido también cariñoso y dedicado a ella por completo.

Los refunfuños de Shane lo sacaron de sus pensamientos.

—Te hice una pregunta, hermano mayor. Dos veces. ¿Es que hoy no quieres hablarme, o estás pensando en Corrie Davis?

Nick percibió el sarcasmo de la pregunta y los celos que la producían y demostraban que Shane se sentía posesivo hacia Corrie.

—¿Tienes alguna objeción a que me interese en ella?

—Exactamente, ¿qué es lo que crees que estás haciendo con ella, Nick? Es todavía inocente.

—¿Crees acaso que soy un deshonrador de vírgenes?

—Estoy diciendo que, con toda seguridad, su experiencia con hombres es cero. Y es un hecho que nunca te habrías fijado en ella si no tuvieras tanto miedo de que yo me comprometiera con ella, y no me quedara en el rancho para cumplir con mis responsabilidades. Me hace pensar que empezaste todo esto sólo para mantenerla alejada de mí.

La acusación de Shane caló hondo, pero Nick resistió el impulso de dejarse llevar.

—¿Tú la quieres?

El rostro de Shane se puso más sombrío.

—Ya te dije que todavía no lo sé, pero parece que te diste prisa a actuar antes de que yo pudiera decidirme. Y, desde luego, conseguiste que se enamorara de ti. Yo siempre me pregunté si estaba encaprichada de ti, y ahora me doy cuenta de que debía de estarlo. Probablemente no tardó ni un segundo en perder la cabeza, ¿verdad?

Nick se sintió halagado de pensar que Corrie podía estar enamorada de él, pero tenía que disimular delante de Shane. Estaba algo ofendido de que su hermano desconfiara de él, pero, a la vez, estaba orgulloso de que defendiera a Corrie.

—Mis intenciones hacia Corrie son honradas.

—Me alegro. Entonces no te importará romper con ella ahora antes de que vaya más lejos. Tú me dijiste más de una vez que Corrie nunca lograría mantener mi interés y que debía dejarme los pantalones bien abrochados. Ahora te digo lo mismo. Pero si la decepcionas, tendrás muchos problemas. Por parte mía. Y eso es una promesa.

Nick estaba furioso. Shane lo estaba amonestando como si él fuera un chico caliente en vez de alguien ocho años mayor.

—No tendría inconveniente en que lo intentaras —espetó Nick, y pudo ver la indignación en los ojos de Shane y cómo se endurecían sus facciones.

—No juegues con ella, Nick.

—No te metas y preocúpate de tus propios asuntos.

Shane agarró su servilleta y la golpeó contra la mesa.

—Por supuesto que no lo haré.

Nick estudió la expresión furiosa en el rostro de Shane. Probablemente la suya era igual. Shane estaba a punto de decir que lo podían resolver afuera. Y él también, pero intentó mantenerse razonable.

—Me alegro que sientas tanto afecto por Corrie como para intentar protegerla, pero sinceramente, no le quiero hacer ningún daño.

La ira de Shane se mitigó un poco. Nick tuvo la impresión de que se arrepentía de la discusión. Finalmente, más calmado, Shane exclamó:

—Qué diablos, Nick. Yo sé que tú no quieres hacerle ningún daño.

—Bueno…, pues gracias por eso.

—Pero lo que estoy diciendo es…

—Lo que estás diciendo es que estás enamorado de ella —la afirmación de Nick dejó sin habla a Shane—. Pero puede que lo aceptaras si se enamorara de otra persona, siempre y cuando la hiciera feliz.

Shane tardó un momento en responder y desvió la mirada.

—Has dado en el clavo, Sherlock Holmes. En cuanto volví a verla me llegó al corazón, así que no puedo culparte por que te haya pasado lo mismo —el azul de sus ojos se hizo más intenso

cuando miró a Nick con furia—. Debió de pasarte lo mismo, pero si no te ha pasado aún, espero que te retires.

Nick lo miró de arriba abajo.

—Si todavía no la amo como la amas tú y no me retiro, ¿qué pasará? ¿Crees que ella podría interponerse entre nosotros como hermanos?

—Ya lo ha hecho, hermano —dijo borrando el sarcasmo de su sonrisa—. Pero yo no quiero que se interponga entre nosotros.

—Yo tampoco lo quiero. En el mundo hay al menos un millón de novias y esposas en potencia, pero tú y yo sólo tenemos un hermano cada uno. —Nick esperó a que Shane digiriera su frase—. No estoy seguro de querer arriesgarme a perder al único hermano que tengo o tendré. Hemos tenido algunos momentos difíciles y, seguramente, tendremos algunos más. Pero si todo lo que hace falta para resolver esta situación es que os deje el camino libre a ti y a Corrie, entonces me sentiré obligado a retirarme.

—¿Qué me estás ofreciendo? ¿Dejarme a Corrie si me quedo y soy tu socio aquí?

Nick negó con la cabeza.

—Yo no he dicho eso, pero puedo tomarlo en consideración. A cambio, habría una división al cincuenta por ciento de la propiedad y de la autoridad. Tendríamos que hacer los trámites legales necesarios para hacerlo, pero sí, lo consideraría si te asocias conmigo.

—¿Estarías dispuesto a hacer ese trato?

—Quiero tener a mi hermano a mi lado, aquí en el rancho, al que ambos pertenecemos. Siempre lo he querido. Si tú y yo podemos llegar a un acuerdo pacífico sobre la mujer que ambos queremos, no creo que sea tan difícil negociar y llegar a un acuerdo en el futuro.

Shane lo miraba con tremendo escepticismo.

—¿Podrías hacer eso?

Nick apartó su mirada.

—No dije que fuera un lecho de rosas. Pero como ya te dije, es mejor echarse atrás ahora, si es lo que tiene que hacerse.

—Sí, claro —dijo Shane con sarcasmo—. Puedo ver como los tres vivimos bajo este techo, nos sentamos a la misma mesa y dormimos en habitaciones que dan al mismo pasillo. Y qué sangre

fría tienes para sugerir usar a Corrie para sobornarme para conseguir que me quede aquí. Eso sólo significa que la estás utilizando. Maldito seas, Nick. No tengo palabras para decirte lo vil que es eso.

Nick hizo caso omiso de la acusación y espetó:

—¿Preferirías tener a Corrie y quedarte aquí, o mantenerte independiente de las responsabilidades familiares y… de ella?

Shane volvió a mirarlo. Sus ojos azules echaban chispas de ira y resentimiento. De pronto empezó a entender lo que estaba sucediendo.

—Me estás poniendo a prueba, ¿verdad? Ofrecerme a Corrie a cambio de mi promesa de quedarme y hacerme cargo de mi mitad del rancho. Quieres ver si la amo a ella más que a mis planes de establecerme por mi cuenta.

Nick dejó ver su aprobación.

—Tú me has estado exigiendo que tome una decisión final sobre Corrie antes de que yo sepa cuál es. Puede que aprendieras algo si te encontraras con la misma exigencia, con más o menos el mismo nivel de riesgo y de premio.

Shane se rió.

—No puedes evitarlo, ¿verdad? Siempre el hermano mayor. Si no me pones a cavar agujeros para los postes del cercado en tiempo de sequía, me das a probar mi propia medicina —miró a Nick con afecto—. Agradezco las lecciones, porque sé por qué me las das.

—¿Y qué pasaría si mantuviera mis planes y, de todos modos, consiguiera apartarte de Corrie para quedármela yo?

Nick se encogió de hombros.

—Puedes hacer lo que quieras. Entretanto, yo haré lo que yo quiera. Cualquier cosa por encima de eso será la decisión de Corrie. Ella es tan libre de hacer lo que quiera y de escoger, como nosotros dos.

Shane puso una amplia sonrisa.

—De acuerdo, hermano mayor. La dama puede escoger entre nosotros. Pero la advertencia sigue en pie. Hazle daño y te aplastaré.

Ambos de acuerdo, volvieron a su comida.

Capítulo 11

Aquella noche Corrie había tardado mucho en dormirse y el día se presentaba con mucho trabajo que no podía esperar. Como no tenía apetito, había hecho un desayuno muy ligero y, por lo tanto, tenía poca energía para durar hasta el almuerzo.

No consiguió llegar a casa hasta pasada la una. El día anterior no había ido a ver el ganado y a esa hora hacía ya demasiado calor para montar a caballo. Tendría que ir con la camioneta y esperar que no hubiera ninguna necesidad de cuidados.

También tenía que arreglar uno de los cercados y un par de abrevaderos. En el futuro tendría que tener más cuidado de no tomarse tanto tiempo libre. La mañana de compras, luego el día en San Antonio con Nick habían conseguido que se retrasara mucho su trabajo. No podía permitirse ser tan irresponsable.

Decidió que tampoco iría a bailar con Nick. Una de las razones de trabajar tanto esa mañana era para cansarse y no querer hacer otra cosa que irse a dormir cuando llegara la noche.

Con Nick estaba arriesgándose a resultar lastimada. Lo sabía. No hacía falta que Shane se lo hubiera dicho la noche pasada. En verdad, lo que la preocupaba era que la consideraran una mujer fácil.

Ella no se habría entregado a cualquier hombre, pero corría el riesgo de hacerlo con Nick. Los sentimientos que tenía hacia él eran tan profundos, y su reacción de la noche anterior había sido tan fuerte, que podría haberla seducido en menos de un minuto. Esa idea la preocupaba porque siempre había pensado que si se

enamoraba de alguien, nunca se habría dejado llevar en contra de sus principios.

Pero ante Nick se sentía indefensa. Y sabía que él podía romperle el corazón. ¿Y qué le quedaría? Únicamente la decepción por ser tan estúpida. Iba a dolerle mucho distanciarse de Nick, pero su dolor sería mayor si esperaba a que él perdiera interés en ella.

¿Y si el interés que mostraba fuera, en parte, a causa de Shane? Hasta que los hermanos resolvieran sus diferencias sobre la herencia y sobre los planes de independencia de Shane, no podría estar segura.

Había estado enamorada de Nick desde hacía años, pero, en ese momento, el amor que sentía la hacía muy vulnerable. No quería hacer algo de lo que pudiera arrepentirse, especialmente, si había alguna posibilidad de que Nick no fuera sincero por completo. Sin embargo no confiaba en su propia capacidad de resistirse a las tentaciones que él le ofrecía.

Tal vez porque todo era tan nuevo. Nick había sabido controlarse la noche anterior, pero Nick tenía experiencia. Ella, sin experiencia, tenía además el corazón demasiado comprometido.

Sería mejor ir más despacio. Evitar que Nick pensara que ella estaba siempre disponible para él. Ya había dejado de hacer mucho trabajo para estar con él, y tendría que tener más cuidado. Aunque ir más despacio podía hacer que él perdiera interés antes, lo que seguramente sería lo mejor.

Si, de todos modos, él iba a perder interés, el orgullo dictaba que cortara con él antes de que él lo hiciera. A él no le dolería mucho, puesto que había muchas mujeres que se sentían atraídas por él y, entre ellas, la bella Serena. Tenía que protegerse a sí misma.

Le resultó muy difícil armarse de valor para cancelar los planes de Nick, pero tras comer algo y echarse una pequeña siesta, telefoneó al Rancho Merrick y preguntó por él. Como no estaba, le dejó el recado a Louise.

Después, se fue a inspeccionar el ganado. Probablemente no regresaría a casa hasta la noche y no estaría en casa si él contestara a su llamada y la tentara a ir a bailar.

La casa del Rancho Davis estaba a oscuras. Cuando Nick se detuvo en la parte trasera se puso furioso al ver la camioneta de Shane. De inmediato pensó que Corrie había cancelado la cita por

culpa de él. Estacionó al lado de la otra camioneta y, al salir, vio a su hermano apoyado en la barandilla del porche. No había ninguna señal de Corrie.

Encima de la barandilla había dos cajas de *pizza* y un paquete de refrescos.

—Hola, hermano mayor. Así que Corrie no ésta en casa contigo, ¿eh?

El tono de Shane no era de enfado, pero sí insinuaba rivalidad.

—¿Se enfrió la *pizza*? —dijo Nick mirando hacia los establos. No veía por ningún lado la camioneta de Corrie y volvió a mirar a su hermano.

—Sí. Y los refrescos se han calentado —dijo Shane—. Tal vez haya salido con otra persona.

Nick se acercó a la puerta.

—¿Has llamado? —preguntó y llamó él.

—Su camioneta no está aquí, así que para qué llamar. Tampoco contestó cuando la llamé antes, así que supongo que ha estado fuera toda la tarde. Supongo que no tardará ya, puesto que por aquí todo el mundo se levanta temprano. —Shane sonrió—. No tiene mucho sentido que tú también te quedes a esperar. Ya le diré que viniste y te informaré debidamente cuando llegue a casa. O por la mañana, ya que tú también te acuestas temprano.

—Ten cuidado, Romeo. Si te estableces por tu cuenta, tampoco podrás trasnochar mucho, así que deberías empezar a acostumbrarte esta noche. Cuando llegue Corrie, le diré que estuviste por aquí. Y si tiene algún mensaje para ti, ya te lo daré durante el desayuno.

Shane rió.

—Estás pagándome con la misma moneda, ¿verdad? ¿Por todas esas veces que yo andaba a tu alrededor cuando intentabas cortejar a una dama?

—No. Ya te pagaré cuando dejes de tratar de robarme la novia y encuentres una para ti.

—¿Conque esas tenemos?

Cuando Nick se sentó en la otra barandilla del porche vio a lo lejos unas luces que se acercaban.

—¿Corrie suele trabajar hasta tan tarde? —preguntó a Shane.

—No que yo sepa, pero tal vez le robaste demasiado tiempo ayer

y ha tenido que trabajar horas extra hoy. Seguramente intercambia trabajo con otros ganaderos pequeños y, a veces, contrata ayuda a tiempo parcial como hacía su padre. Pero creo que trabaja sola la mayor parte del tiempo.

—Su padre la tenía a ella para ayudar —comentó Nick sintiéndose culpable por haberla entretenido tanto el día anterior.

—Sí. Una niña no debía haber tenido que trabajar tanto como ella tuvo que hacer —dijo Shane. Luego miró a Nick y sonrió—. Si quieres irte a casa, le diré que estuviste aquí.

Nick sonrió ligeramente pero no contestó. Ya se oía el ruido del motor junto al portón y ambos observaron como Corrie se bajaba para abrirlo, lo atravesaba con la camioneta y luego volvía a bajar para cerrarlo. En unos instantes estacionaba la camioneta delante del establo.

Shane se bajó de la barandilla para ir a su encuentro, pero Nick se quedó donde estaba. Aunque el sombrero Stetson le tapaba un poco la cara, la expresión de Corrie al verlos, no era ni de sorpresa ni de alegría. Nick se percató de inmediato de que a ella no le gustaba la situación, y deseó haberse ido dejando a Shane con sus *pizzas* y sus refrescos. Lo menos que podía hacer era no competir directamente con su hermano.

Después de todo, confiaba en los sentimientos de Corrie hacia él, por lo que no debería haber permitido que Shane lo empujara a la rivalidad.

Observó que ella no le decía gran cosa a Shane cuando fue a su encuentro y oyó que él le preguntaba:

—¿A qué se debe que vuelvas tan tarde?

Nick no pudo oír la respuesta de Corrie.

—He traído *pizzas*. Pepperoni triple, *Mozzarella* doble y casi una docena de paquetes de los pimientos italianos y del queso rallado que te gustan. Pero tendremos que calentarlo todo.

Corrie se quitó el sombrero Stetson al llegar al porche.

—Hola Nick —dijo en voz baja y en un tono muy serio—. Supongo que deberíamos entrar. Ahora que veo que estáis aquí los dos, creo que se me ocurre algo.

Diciendo eso entró en la casa, colgó el sombrero en el perchero y fue hacia la puerta del pasillo.

—Adelante. Calentad las *pizzas* —dijo mientras desaparecía por

la puerta—. Necesito lavarme —al poco rato se oyó correr el agua.

Shane parecía conocer bien la cocina. En un momento, se lavó las manos, encontró unos moldes en un armario, sacó las *pizzas* y las metió en el horno antes de fijar la temperatura y el reloj. Se notaba que no era la primera vez que lo hacía, y Nick pensó que su hermano estaba muy contento de poder demostrarlo. Aunque no eran horas de ir de visita, seguro que Corrie agradecería disponer de una comida que no tenía que cocinar.

«Ahora que veo que estáis aquí los dos, creo que se me ocurre algo».

Nick imaginaba que ella tenía algo que decirles a propósito de la decisión de Shane de competir por ella.

Al cabo de un rato, Corrie entró en la cocina y le sonrió a Shane.

—Gracias por traer las *pizzas*. Ya huelen muy bien.

—Espero que aún te guste la de Pepperoni triple.

—Hace mucho tiempo que no he comido *pizza*. Gracias otra vez —miró a Nick—. Creo que vosotros dos deberíais sentaros.

Shane exclamó:

—No, sentaos vosotros dos. Yo le pondré hielo a los refrescos y haré de camarero. No tardaré mucho.

Corrie sonrió aunque se sentía incómoda. Había estado pensando en Nick todo el día y, por la tarde, en Shane, especialmente en el beso de aquella noche y en su actitud de la noche anterior. Estaba convencida de que, por mucho que bromeara sobre ello, estaba disgustado por que ella saliera con Nick.

Aunque estaba cansada, en cuanto los vio en el porche se dio cuenta de lo que pasaba. Shane parecía más atrevido que de costumbre, como si estuviera provocando a Nick, y éste permanecía silencioso y como ausente.

—Corrie se acomodó en el lugar donde siempre se sentaba, aliviada de que la jornada de trabajo hubiera terminado. Tuvo mucho cuidado en no mirar más de una vez a ninguno de los dos hombres y le bastó para darse cuenta de que estaban enfrentados.

Lo que realmente le apetecía era irse directa a la cama, pero estaba algo angustiada por lo que ocurría entre los hermanos Merrick. Lo que le dolía era que si sus impresiones eran certeras, lo que iba a decirles iban a alejarlos a los dos.

Shane puso los refrescos sobre la mesa, cortó una porción de

cada *pizza* y la sirvió en el plato de Corrie. Luego le pasó las *pizzas* a Nick.

—Sírvete, hermano mayor. Se me olvidaron las servilletas.

Corrie espolvoreó el queso rallado y los pimientos secos sobre sus porciones y dio un bocado. De pronto sentía mucho apetito. Su cuerpo necesitaba el alimento y la *pizza* caliente estaba muy apetitosa.

Shane se unió a ellos en la mesa y se sirvió. Corrie comía mientras los hermanos conversaban sobre trivialidades. Notaba que ambos la miraban muchas veces, y ella buscaba, sobre todo, la mirada de Nick. La tensión entre los tres era muy grande, pero ella se sentía más atraída hacia Nick. Antes de decir nada, decidió esperar a que los tres terminaran de comer.

La conversación entre los dos hermanos se había hecho cada vez más difícil y, de repente; la cocina estaba en silencio. Corrie intentó centrar sus pensamientos. Después de comer se sentía mejor y volvió a darle las gracias a Shane.

—Has dado en el clavo —dijo y le sonrió—. Pero me siento un poco culpable por haber comido tu *pizza* justo antes de que, tal vez, haga que te pongas furioso. Supongo que sabrás que ésa no es mi intención —miró a Nick—. Tampoco es mi intención ponerte a ti furioso, pero me temo que entre nosotros tres está sucediendo algo que no me gusta.

La tensión aumentó por momentos y se hizo un silencio que intimidó a Corrie. Pero logró armarse de valor y, fijando la mirada en su vaso, comenzó a hablar.

—¿Habéis solucionado vuestras diferencias sobre los intereses Merrick y la idea de Shane de establecerse por su cuenta? ¿O seguís en punto muerto?

Dicho eso, miró primero a Nick y luego a Shane. Con gran esfuerzo consiguió aparentar estar calmada. La expresión de ambos hombres se endureció y la mirada de Shane se hizo agresiva. Corrie dedujo que la respuesta era que no.

—Voy a intentar adivinar algunas cosas. Acertadas o no, quiero decirlas. Si no estáis de acuerdo podéis decírmelo en otro momento, porque ahora necesito dormir.

Miró a Nick y habló sin tapujos.

—Creo que has utilizado la culpa para conseguir que Shane se

quede, porque tú te sientes culpable. Quizás porque lo que los dos heredasteis no fue equitativo, o porque vuestro padre te favoreció a ti. Yo también me sentiría culpable por algo así. Sin embargo, tú te sientes decepcionado por Shane, porque tu vida está llena de obligaciones que crees que él debería compartir a medias contigo. Él siempre lo ha evitado, o incluso lo ha rechazado. Y tú no puedes entender por qué él quiere establecerse por su cuenta cuando los dos sois propietarios de Merrick. Por eso sus planes te parecen estúpidos e irresponsables.

Corrie intentó no fijarse en la dura expresión del rostro de Nick. Le agradecía que no hubiera discutido con ella.

—Y tú, Shane, todavía no has superado haber crecido con dos jefes, por lo que ahora no quieres tener ninguno. No quieres ser el hermano pequeño nunca más. Pero Nick es el único hermano que tienes. ¿Te das cuenta de lo culpable que se siente Nick? Tal vez echó de menos ser sólo tu hermano, cuando vuestro padre enfermó y él tuvo que hacerse cargo de todo y responsabilizarse de ti. Vosotros los Merrick tenéis mucho en esta vida, pero, al parecer, tú no lo agradeces. No sabes apreciar lo generosa y honrada que es la actitud de Nick por querer que, como tú dijiste, «gobiernes y reines» con él.

Los ojos de Shane echaban chispas azules, y Corrie se percató de que estaba a punto de perder su amistad. Había pensado volver sobre Nick y esperaba que no lo interpretara como una reacción a la ira contenida de Shane.

—Y tú, Nick, ¿te das cuenta de lo mucho que Shane se parece a ti? Su sueño es distinto del que tú quisieras que tuviera. No entiendo por qué la solución a vuestras disputas tiene que ser o esto o aquello. No me parece razonable. Es el único hermano que tienes y es una lástima que no estés dispuesto a llegar a una solución intermedia. A lo mejor, sí estás dispuesto, pero ¿se lo has dicho a Shane?

Miró alternativamente a ambos hermanos.

—Los dos tenéis mucha suerte. Perdonadme por decirlo así, pero tenéis la maldita suerte de teneros el uno al otro. Yo habría dado cualquier cosa por tener un hermano o una hermana. Me gusta pensar que yo habría podido encontrar una solución a un problema similar, pero tal vez no la habría encontrado. Pero nunca me veré

obligada a hacerlo, puesto que no tengo que tener en cuenta a una sola persona en mi vida, excepto a mí misma. Así que puedo permitirme el lujo de ser egoísta, ya que no voy a lastimar ni amargar a nadie.

Apartó la silla y se puso en pie.

—Veros aquí esta noche me ha hecho pensar que yo he sido una distracción. Puesto que no habéis sido capaces de solucionar vuestras diferencias, yo no puedo estar segura de poder confiar en los motivos que hay detrás de las cosas que han sucedido estos días pasados. De ninguno de los dos. Sin ánimo de ofender, me parece que me estáis utilizando par evitar un enfrentamiento. O, quizás, para manipularos recíprocamente. No lo sé, y eso lo tenéis que decidir vosotros. Así que no quiero que ninguno de los dos venga por aquí nunca más, hasta que hayáis aclarado vuestros problemas sin resentimientos ni enemistad.

Shane fue el primero en hablar.

—Come, cariño…

—Si estoy equivocada, lo estoy —interrumpió ella—. Eso no cambia la cuestión. No quiero ver ni oír a ninguno de los dos hasta que pueda estar segura de que no estoy en el medio. Esta noche he hablado más de lo que quería y ahora quiero dormir. Buenas noches a los dos.

Corrie se calmó cuando oyó el ruido de las sillas al separarse de la mesa. Ño podía mirar a ninguno de los dos hermanos, pero detuvo a Shane cuando empezó a despejar la mesa.

—Gracias, de todos modos, pero ya la limpiaré yo. La próxima vez invitaré yo a las *pizzas*.

A excepción de las buenas noches, ninguno de los dos dijo nada al marcharse. Mientras recogía lo que quedaba en la mesa, Corrie oyó los motores de ambas camionetas y cómo conducían hacia fuera de la finca.

Seguramente tenía razón en lo que dijo sobre los hermanos. Sobre los dos. No había dicho claramente que creía que Nick la estaba utilizando para que no influyera sobre Shane, porque no estaba convencida y porque no quería que fuera cierto. Aunque Nick la había invitado aquella noche como sorpresa para Shane, al menos había confesado que tenía otros motivos y se había disculpado.

Corrie confiaba en su sentido del honor y en que parecía saber lo que hacía. Pero, tal vez, no era siempre consciente de sus motivos. Tanto si había intentado apartarla de Shane, como si, de veras, se había sentido atraído por ella, Nick tenía que aclarar las cosas con Shane.

Con su manera de apartarse del lío, Corrie eliminaba la posibilidad de que la utilizaran y cortaba su relación con Nick antes de que su corazón peligrara. Eso la consolaba un poco, pero se sentía triste.

Después de apagar las luces, subir a su cuarto y ducharse, Corrie cayó rendida sobre su cama. Esa noche se durmió de inmediato.

Capítulo 12

Durante los días siguientes, Corrie fingía que era fácil olvidar que Shane había vuelto a casa, y los buenos momentos que ella había pasado con Nick.

Pero entonces recordaba la sensación de los brazos de Nick alrededor de su cuerpo, y el sabor de sus labios, y le venían a la mente cada segundo, cada mirada y cada palabra que había tenido con él. No podía cepillarse el cabello sin pensar en la dulce sensación de cuando él se lo había cepillado, y tuvo que colgar en otro armario el conjunto azul que se había puesto para ir a San Antonio con él.

Tampoco podía realizar sus tareas sin acordarse de cuando Nick la había ayudado, y pronto tuvo que reconocer que la imagen de él se había quedado grabada en demasiados lugares. Haría falta un gran esfuerzo para borrarlo todo de su memoria.

Los dos primeros días se había entregado por completo al trabajo. El domingo había ido a la iglesia y se había encontrado con Eadie. Se habían sentado juntas y la había invitado a comer a casa, puesto que había dejado un asado en el horno y había comida suficiente.

Corrie le contó a Eadie todo lo que había pasado desde la mañana en que había ido a su casa a ayudarla con el maquillaje. Eadie opinaba que Nick volvería, pero Corrie no quería hacerse ilusiones.

Ambos hermanos parecían haberse tomado en serio sus deseos, puesto que ninguno de los dos la había llamado ni se había dejado

ver. Temía que aquella noche había perdido una antigua amistad y un romance pasajero. No era difícil sentirse deprimida.

Para su gran sorpresa, recibió la llamada del hijo de un ranchero de la zona, antiguo compañero de clase, a quien había visto y hablado en la iglesia y que aún estaba soltero. La había llamado para invitarla a cenar y a un espectáculo. Puesto que había sobrevivido durante su cita de un día con Nick, no vio ningún problema en aceptar la invitación.

La cita con Dañe había sido agradable y relajada. Había vuelto a maquillarse y se había puesto otro de los vestidos que compró con Eadie. Al final de la velada, todo había salido bien y se sentía muy segura de sí misma. Además, para su tranquilidad, Dañe no había intentado besarla cuando la acompañó hasta la puerta de casa, y le había preguntado si podría invitarla a salir otra vez.

Después de dos semanas, Corrie decidió que no lo estaba pasando tan mal sin los hermanos Merrick. Además, esos días le habían servido para cambiar la opinión que tenía de sí misma y para probar cosas nuevas.

Pensó que la vida seguiría su curso y pronto su bajo estado de ánimo remontaría.

Una tarde, Corrie entró en casa y vio que la luz de su contestador automático estaba parpadeando. El mensaje era breve.

—Tenemos algún asunto pendiente, señorita Davis. Iré a ajustar cuentas a eso de las siete.

En cuanto oyó la voz grave de Nick le empezó a latir con fuerza el corazón, lleno de emoción y de alivio. Sin embargo, no debía hacerse ilusiones. La voz de Nick era dura y seria. Más que el milagro que su estúpido corazón esperaba, parecía que él iba a darle un buen rapapolvo por las cosas que ella le había dicho la última vez que se vieron. Tal vez las cosas entre él y su hermano habían empeorado por culpa de ella.

El siguiente mensaje era de Shane.

—Si todavía me hablas, me gustaría pasar a verte hacia las ocho. Si no quieres verme, avísame a través de Louise.

Corrie no pudo evitar derramar unas lágrimas ante los sentimientos que se le agolpaban. Había temido perder a Shane, y al oír su voz, se dio cuenta de lo terrible que habría sido perder su amistad para siempre.

Rebobinó la cinta del antiguo contestador para escuchar de nuevo los mensajes, y volvió a sentir la misma emoción y el mismo temor. Del mensaje de Shane, deducía que aún era su amigo, pero ¿y Nick?

El asunto pendiente podía ser cualquier cosa y Corrie no se atrevía a interpretarlo como que él quería continuar desde donde lo habían dejado.

Él había dicho que iría a ajustar cuentas. Sin duda iría dispuesto a discutir las acusaciones que ella le había hecho delante de Shane.

Sin embargo, era extraño que hubiera especificado la hora. ¿Por qué iba a hacer eso? ¿No sería más lógico que se presentara intempestivamente? Lo peor era tener tiempo para pensar y preocuparse y, seguramente, así lo había calculado Nick. Por otra parte, que los dos hermanos fueran a verla la misma noche posiblemente significaba que habían zanjado sus diferencias. Ella les había dicho bien claro que no quería verlos si no era así.

Corrie no sabía si Shane habría comprado un rancho para establecerse por su cuenta o si habría cedido, y se había entregado a los intereses de los Merrick. ¿Habrían llegado a algún acuerdo él y Nick? Lo único que sabía era que esa noche iba a tener visita.

Como, por supuesto, no iba a llamarlos para que no fueran, se apresuró a darle un repaso a la casa y a terminar sus quehaceres. Una vez terminados, comió algo, se duchó y fue a cambiarse de ropa.

La blusa azul quedaba bien con los vaqueros blancos, pero estuvo a punto varias veces de cambiarse a unos vaqueros normales y una camiseta corriente. Decidió dejarse el pelo suelto, pensando que, si era verdad que a Nick le había gustado tanto, eso le daría una pequeña ventaja si él decidía ponerse en plan duro como seis años atrás.

No creía que, después de los momentos que pasaron juntos, fuera posible que Nick le hablara con dureza. Pero todo era posible, y sería estúpido hacerse ilusiones. Estaba tan nerviosa que tenía el estómago hecho un nudo. Entró en la cocina a preparar café y se acordó de la tarta de manzana que había horneado esa mañana. Ésa podía ser una buena oferta de paz.

Corrie había subido a darse un último repaso ante el espejo, cuando oyó el ruido de un motor que se acercaba por la parte de

atrás. Eran las siete menos cinco y bajó corriendo. Al oír que el motor se paraba, el corazón empezó a latirle a toda velocidad.

Pensó en que los amigos siempre iban por la parte de atrás. Intentaba convencerse de que Nick y ella seguían siendo, por lo menos, amigos. Cuando oyó sus pasos en el porche, esperó a que llamara a la puerta y salió a abrir con aparente calma.

¡Nick era tan grande y tenía un aspecto tan duro! En cuanto sus miradas se cruzaron, ella se conmocionó. Él se quitó el sombrero con un ademán frío y formal.

—¿Señorita Davis? Le agradezco que me reciba esta noche —llevaba puesta una camisa muy blanca y una corbata azul, pantalones negros de vestir y las botas muy brillantes. Parecía muy alto y musculoso.

La loción de afeitar que se había echado era la misma que cuando fueron a San Antonio y que ella inmediatamente asoció a sus besos. Eso la tranquilizó. No se habría vestido tan elegante, si sólo fuera a discutir con ella.

Corrie logró esbozar una sonrisa y dio un paso atrás.

—Entra, por favor —dijo, disimulando su temor. Se dio cuenta de que estaba temblando e iba a esconder las manos, pero se dominó y consiguió decir—: ¿Quieres pasar a la sala?

Nick sonrió y colgó el sombrero en el perchero.

—Hace una buena noche —dijo—. El columpio del porche tampoco estaría mal.

Corrie sintió que se le encendían las mejillas y desvió la mirada. Le parecía que la visita no era para discutir con ella y que no habría palabras duras. Pero lo que ella intuía debía de ser producto de sus propias ilusiones, más que de la realidad.

—Está bien. Donde tú prefieras.

Nick se volvió para abrir la puerta y que ella lo precediera. Corrie se dirigió hacia el columpio y se sentó.

Nick se sentó a su lado y le apretó la mano con suavidad. Eso parecía natural e hizo que ella se sintiera segura y que su corazón se estremeciera de felicidad.

—Shane ha hecho una oferta para una finca que le gusta —dijo Nick sin más preámbulo—. Va a establecerse por su cuenta. Su porcentaje se queda como está durante los próximos cinco años y, de su parte de los beneficios de Merrick, me compensará por asumir

toda la responsabilidad del rancho. Si el mercado se mantiene y él quiere seguir por su cuenta, yo empezaré a comprarle parte de su porcentaje hasta que le quede el veinticinco por ciento, que pasará a sus herederos. ¿Sabías que está pensando dedicarse a contratista de ganado?

Corrie negó con la cabeza.

—No, no lo sabía. No hemos hablado de eso —dijo mirando a Nick, encantada por la calidez que mostraban sus ojos—. ¿Estás satisfecho con el acuerdo que habéis hecho?

—No es lo que yo hubiera deseado, pero estoy contento de que sea lo que él quería. Y, seguramente tenga razón. No se pueden poner a dos toros en el mismo corral sin arriesgarte a tener problemas. Las diferencias se han terminado y no hay resentimientos.

Corrie se sintió más tranquila.

Miró hacia otro lado durante unos instantes porque le dolía mirarlo y no quería que él se diera cuenta de lo desesperadamente enamorada que estaba de él. Por fortuna, él no se dio cuenta y continuó.

—Había llegado un momento en que estaba luchando más contra mí mismo que contra él. Es cierto, como tú dijiste, que me sentía culpable, pero también tenía celos. A mí me entregaron el Rancho Merrick y nunca sabré lo que significa empezar con poco y hacerlo crecer. Por eso lo envidio —se rió—. Shane se va a divertir mucho, si no se muere en el intento.

Corrie miró a Nick, complacida de que las cosas se hubieran resuelto tal y como parecía.

—Me alegro —dijo ella—. Y me siento mucho más tranquila. Estaba preocupada por si habían empeorado las cosas.

—Sabes mucho sobre Shane y sobre mí.

El rostro de Corrie enrojeció y ella bajó la vista para mirar sus manos entrelazadas.

—Y me encanta cuando te sonrojas así. Me hace sentir como el hombre más *sexy* de Texas.

Corrie soltó una risita y lo reprendió con la mirada.

—Dices unas cosas tan… tan extravagantes.

—Me siento extravagante cuando te miro. Y ahora mismo me siento como si solo tuviera cinco segundos para convencerte de que

me dejes besarte, antes de que pierda el control y te robe un beso por las buenas. ¿Puedo?

Corrie tuvo que esforzarse para mirarlo a los ojos, porque su timidez la hacía sentirse infantil. Pero no había nada infantil en lo que Nick le estaba diciendo, ni en el ansia profunda que ella sentía por que él la besara otra vez.

—Sí, puedes.

Corrie consiguió tener la mirada fija en la de Nick mientras él se inclinaba para besarla. Sus labios se posaron con ternura sobre los de ella y ella cerró los ojos. A los pocos segundos él la estrechó entre sus brazos y el beso se hizo más profundo y apasionado. Tanto, que parecía que el mundo se estaba incendiando. Cuando terminó de besarla, Corrie estaba sentada sobre sus rodillas y se sentía tan débil que tuvo que apoyar la cabeza sobre el cuello de Nick para recuperar el aliento.

La voz grave de Nick tenía un tono dulce y serio.

—Es todavía muy pronto, pero yo no soy de los que esperan y esperan cuando ya han tomado una decisión. Así que te he traído algo.

El corazón de Corrie latía con fuerza y ella alzó la vista para mirar a Nick. Al ver su sonrisa y el brillo de sus ojos oscuros, sintió que una corriente de felicidad le recorría el cuerpo.

Apenas pudo decir:

—¿Qué me has traído?

Nick retiró la mano de la cintura de Corrie y buscó en el bolsillo de su camisa, rozando sin querer el pecho de Corrie. Había sido un roce casual, pero Corrie sintió que se acaloraba.

Nick tenía en la mano lo que había sacado del bolsillo y esperaba a que ella lo mirara. Era un diamante muy grande engarzado en una alianza de oro. Aunque ya había intuido de qué se trataba, Corrie se quedó boquiabierta al ver el hermoso anillo de compromiso. ¡Y la piedra era enorme!

—Es tan grande… —Las palabras de sorpresa que se le escaparon, le parecieron tan tontas que miró a Nick, temerosa de que pensara que ella era boba.

Pero él estaba sonriendo complacido.

—Claro que es grande, cariño —murmuró—. Tengo grandes planes. Planes de casarme, y de tener un buen matrimonio con la

mujer de la que estoy enamorado, siempre a mi lado. Y niños. Espero que quieras por lo menos un par, y a mí no me importa si son niños o niñas, aunque me gustaría por lo menos uno de cada. ¿Qué te parece?

—No tengo mucha familia, pero siempre he deseado tenerla. Muy grande si pudiera ser.

—Conmigo podrás tenerla, Corrie. ¿Hay alguna posibilidad de que llegues a querer a un hombre como yo?

Nunca se le habría ocurrido que él pudiera preguntar eso, y le llegó al alma. Que un hombre como él mostrara inseguridad la dejaba atónita.

No debía preguntarse si una mujer podría amarlo o no y, en especial, ella que siempre lo había amado. Su respuesta fue inmediata.

—Oh, Nick, te he amado desde que tenía dieciocho años —dijo en un suspiro—. ¿De verdad que tú sientes lo mismo?

—Te amo, Corina Jean Davis. Desde que te vi regando tus flores, aunque entonces no lo habría llamado amor. Pero entonces viniste a cenar y te apoderaste de mi corazón. Cuando te fuiste esa noche porque yo no había sido sincero contigo, sentí algo que me hizo saber que acababa de encontrar a la mujer adecuada. ¿Quieres venir a vivir conmigo y ser mi esposa? ¿Y enderezarme cuando lo necesite, y llenar mi vida con tu dulzura y tu sentido común, y trabajar a mi lado y tener nuestros hijos?

Los ojos de Corrie estaban inundados de lágrimas y su corazón latía a punto de estallar de felicidad y de amor. La paz y la dicha que sentía eran tan profundas que la convencían de que pertenecía a ese hombre.

—Sí, quiero —exclamó, y lo besó, sintiendo que besarlo solo no era suficiente. Cuando él correspondió a su beso, sus ansias se acrecentaron.

—Supongo que deberías ponerte el anillo antes de que lo perdamos —refunfuñó Nick, interrumpiendo el beso para colocarle la alianza en el dedo anular. Luego la miró.

Fue tal la intensidad de su mirada, que Corrie supo que su decisión de casarse con ella, no había llegado demasiado pronto, y que nunca podría estar equivocada.

Durante esos instantes en que Corrie se miró en los ojos de Nick,

pudo ver lo que la esperaba en los años venideros. Tanto la dicha y los placeres, como las dificultades de dos personas amoldándose a una vida en común, Algo mucho más grande y más importante que cada uno de ellos. Y, aunque esas imaginaciones estaban rodeadas de amor, se basaban también en el compromiso y la dedicación.

—Nick, te amo —susurró ella.

Nick respondió:

—Yo te amo, señorita. Nunca te arrepentirás. Te lo prometo.

Sus labios se encontraron de nuevo y ambos se fundieron en un abrazo, pero tuvieron que separarse al oír el ruido del motor de una camioneta, seguido de unos insistentes bocinazos. Era Shane que llegaba y detenía su camioneta al lado de la de Nick, dejando el motor encendido y sacando la cabeza por la ventanilla.

—¿Ya le has colocado el anillo con diamante en el dedo a la chica ésa? —gritó—, ¿o quieres que tú y yo nos peleemos?

Nick se rió y le alzó la mano a Corrie para que Shane viera el anillo.

—¿Qué te parece?

—¡Que no te la mereces, pero os doy mi enhorabuena, hermano mayor! Y tú, Corrie, si ese vaquero no te trata bien, házmelo saber.

—¡Ve a buscarte una esposa! —gritó Nick.

Corrie saludó con la mano y Shane se tocó el sombrero para responder. Luego echó marcha atrás con la camioneta y se marchó, sin dejar de tocar la bocina hasta que desapareció en la carretera.

FIN



Susan Fox se crió con su hermana, Janet, y su hermano, Steven, en una superficie de cerca de Des Moines, Iowa, donde, además de gatos y perros callejeros había dos caballos y ponis; su mascota favorita y confidente era Rex, su marrón y negro caballo castrado pinto.

Susan ha criado a dos hijos, Jeffrey y Patrick, y actualmente vive en una casa que ella riendo refiere como el relleno sanitario y depósito de libros. Ella escribe con la ayuda y el estorbo de cinco traviesos felinos de pelo corto: Gabby, un hablador carey percal; Buster, un sólido de león amarillo con patas blancas y las marcas faciales, y su hermana, Pixie, un calicó tricolor; Toonses, una regordeta negro y negro, y el diabólico alegremente, juguetona tigre negro Eddie, también conocido como amante de Eduardo.

Susan es una fan bookaholic y cine que ama vaqueros, rodeos, y el oeste de Estados Unidos, el pasado y el presente. Ella tiene un gran interés en contar historias de todo tipo y en la política, y ella dice los dos son a menudo intercambiables.

Susan le encanta escribir caracteres complejos en situaciones emocionalmente intensas, y se espera que sus lectores disfrutan de sus historias rancho y son elevados por sus finales felices.

Sitio web oficial: http://www.susanfox.org/